BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LA BOMBA TOTAL

glenn parrish

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LA BOMBA TOTAL

glenn parrish

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

GLENN PARRISH

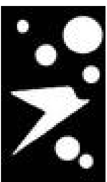
LA BOMBA TOTAL

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n. º 94

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

Depósito Legal: B 9.960–1972

Impreso en España – Printed in Spain

1. ª edición: mayo, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. —Golpe de estado en Astro-6, *Keith Luger*.
2. —Explorador del futuro,*Glenn Parrish*.
3. —Agonía de un planeta, *Ralph Barby*.
4. —Un planeta llamado Khisdal, *A. Thorkent.*
5. —Orbita de locura., *Joe Mogar*.

CAPÍTULO PRIMERO

Primero se vieron extrañas señales en el cielo: llamaradas gigantescas, que cubrían miles y miles de kilómetros cuadrados, y que aparecían y desaparecían con inusitada rapidez y sin ninguna regularidad en los períodos de resplandor y oscuridad. Luego vinieron las astronaves.

Cruzaban el cielo centelleantemente, a veces, a baja altura, dejando como estela alaridos de insoportable agudeza acústica; y en ocasiones, por centenares, formando verdaderas bandadas, que daban la impresión de ir a conquistar el planeta.

Nadie supo jamás el origen de aquellos extraños fenómenos. Nadie pudo averiguar a qué se debían tan extrañas auroras boreales que, paradójicamente, surgían incluso sobre las regiones tropicales. Nunca se supo.

Como tampoco se supo nunca de dónde venían las astronaves ni cuáles eran los propósitos de sus tripulantes. Ninguna de aquellas naves aterrizó jamás ni fue capturado ninguno de sus ocupantes, ni los más perfeccionados medios de detección o persecución consiguieron localizarlas o derribarlas.

Eran los síntomas del inminente fin del planeta, decían los más timoratos. Las gentes, en efecto, empezaron a creer que la Tierra estaba a punto de morir.

Y entonces, cuando más vivo era el terror, cuando los Gobiernos se declaraban impotentes para evitar aquellos fenómenos, cuando los científicos no acertaban a dar explicaciones congruentes de lo que ocurría, llegó el aviso.

El aviso se produjo simultáneamente en todos los países y todos los idiomas. Las emisiones de televisión se suspendieron instantáneamente y las pantallas quedaron sin imagen, aunque no sin sonido.

La voz que dio el aviso era femenina, dulce, suave, persuasiva…, pero sus palabras encerraban una terrible amenaza. Aquella voz acariciante, que parecía más propia para arrullar el sueño de un recién nacido, amenazaba con la destrucción total del planeta.

A menos que…

—A menos que los hombres abandonen su política de destrucción y exterminio; a menos que cesen en sus absurdas querellas; a menos que dejen de combatirse los unos a los otros…, ¡la Tierra será destruida!

Miles de millones de personas oyeron, en sus respectivos idiomas, el terrible aviso. Se escuchó en el Norte y en el Sur, en el Este y en el Oeste, en los trópicos, en las regiones templadas, en las zonas polares…, allí donde había un aparato de radio o televisión en funcionamiento, allí se escuchó la voz.

—Las demostraciones que hemos hecho no han sido sino una simple advertencia —continuó la Voz—. Estamos seguros, sin embargo, que sin un medio inflexible de coacción, nuestra amenaza sería pronto relegada al olvido y se convertiría en objeto de burla e irrisión. Nosotros no queremos que eso llegue a suceder; queremos la paz para vosotros, la hermandad entre todos los seres humanos.

»Y como bien pudiera suceder que llegarais a dar al olvido nuestra petición, dejaremos algo que os recordará para siempre que la paz es el bien más preciado para todos los hombres. Sobre vosotros, orbitando en torno a vuestro planeta, quedará un artefacto que destruirá instantáneamente el planeta, si no hacéis caso de nuestras recomendaciones.

»Será fácilmente visible con pequeños instrumentos ópticos; y nadie podrá destruirlo, porque el que lo intente, morirá instantáneamente; y todos vuestros cohetes y artefactos bélicos no podrán nada contra el nuestro. Allí estará, en el cielo, vigilando continuamente el planeta, dispuesto a convertirlo en una bola de fuego, como justo castigo a vuestro pecado de antihumanidad. Es hora ya de que os volváis pacíficos y abandonéis vuestros hábitos guerreros. Tendréis que hacerlo así…, ¡o todos desapareceréis, con el planeta, convertidos en polvillo cósmico!

Y la bomba apareció allí, arriba, a treinta y seis mil kilómetros de altura, redonda, brillante como una espada —la espada de Damocles, la llamaron muchos.

Los telescopios permitieron ver una esfera metálica de unos cuatro kilómetros de diámetro, completamente cerrada, sin el menor orificio, de superficie absolutamente lisa, una gigantesca pelota de la que dependía la suerte del planeta…, si sus habitantes no solucionaban de una vez sus querellas.

Algunos países hicieron caso omiso de la amenaza y dispararon potentes cohetes, con cabezas atómicas de incalculable poder explosivo. Las cargas estallaron mucho antes de llegar a la bomba, que continuó girando, silenciosa, impasible, absolutamente intocable.

Voces sensatas se elevaron, pidiendo se hiciera caso de los consejos de los extraños, quienes, a fin de cuentas, no habían exigido un imposible ni habían formulado una petición absurda. La convicción de que era preciso vivir fraternalmente, fue abriéndose paso entre las gentes.

Y la paz se hizo y los terrestres dejaron de guerrear y de matarse entre sí y solucionaron sus querellas sin las armas.

* * *

Hubo también tentativas de algunos audaces movidos por la ambición de conseguir la fama y celebridad mundiales, o por el deseo de conocer los secretos científicos de aquel artefacto que era capaz de destruir la Tierra de un solo golpe.

O, simplemente, lo hicieron por dinero.

Por muchísimo dinero, es más fácil de suponer. Pero ninguno lo consiguió. Cada una de aquellas tentativas resultó un rotundo fracaso.

El procedimiento empleado, en general, era el mismo: aproximación hasta las inmediaciones de la Bomba en un cohete particular y luego, seguir con propulsores individuales. Los audaces ardían en fracciones de segundo.

Las películas tomadas mostraron imágenes espeluznantes: el osado que intentaba llegar a la Bomba se convertía en una pavesa, sin que jamás ninguno de ellos consiguiera situarse a menos de quince kilómetros de la Bomba. Ardía un instante y, al siguiente, había desaparecido como si jamás hubiera existido.

Se idearon medios jamás empleados; incluso trajes totalmente aislantes, sin la menor pieza metálica. Los propulsores individuales se construyeron de plásticos especiales, capaces de resistir las elevadas temperaturas de los gases eyectados durante el trayecto de aproximación. Otros emplearon botellas de aire comprimido, contenido también en material plástico. Ninguno de dichos medios dio

resultado.

Se llegó a una conclusión: la Bomba era invulnerable.

Una invisible esfera de energía la envolvía por completo, una barrera globular absolutamente intraspasable…, pero ello no quería decir que la Bomba no pudiera ser detonada, si los humanos no hacían caso del aviso.

Poco a poco, las tentativas de conocer el misterio de la Bomba —algunos añadían el calificativo de total—, fueron espaciándose, hasta cesar del todo. A fin de cuentas, la paz iba haciéndose en el planeta, de modo que, ¿por qué destruir un artefacto que garantizaba la ausencia de guerras?

Y llegó el momento en que nadie quiso tocar ya la Bomba, pero los hombres nunca la olvidaron. Los años fueron pasando, pero la Bomba seguía allí, en su órbita, inmutable, amenazadora…, y garantía de una paz definitiva.

Hasta que un día, muchísimos años después de que la Voz hubiese hablado a los hombres de la Tierra…

* * *

El hombre parecía muy agitado. Caminaba por la calle, hablando solo, con un portafolios en la mano derecha. De cuando en cuando, se detenía, miraba al cielo, guiñando los ojos para eludir en lo posible el resplandor de sol, y mascullaba algunas palabras ininteligibles para quienes pasaban por su lado. Algunas de aquellas palabras resultaban escasamente académicas.

Nadie le hacía caso. La gente iba y venía a sus ocupaciones. No era la primera vez que se veía a un maniático suelto, así lo consideraban quienes se molestaban en fijarse en el sujeto.

Era un hombre de unos cincuenta y tantos años de edad, de regular estatura, delgado, de pelo alborotado y ojos saltones. Una vez se detuvo, blandió el puño a lo alto y gruñó:

—¡Maldita Bomba!

Y siguió su camino, sin dejar de mascullar entre dientes.

De pronto, alguien detuvo al individuo.

—¡Profesor Kutznin!

El que parecía loco se paró en seco y miró con expresión ausente al hombre que lo interpelaba.

—Usted me conoce —dijo.

—¡Pues claro que le conozco! —exclamó el otro, riendo—. Y usted me conoce a mí también, profesor Kutznin. Lo que pasa es que, como de costumbre, estará sumido usted en alguno de sus complicados cálculos... Soy Pedro Dartan, profesor.

—Dartan, Dartan... —repitió Kutznin—. Ah, sí, ya recuerdo. Cuarto curso de Ultrafísica. ¿Acierto?

—De lleno, profesor —dijo Dartan—. No sabe cuánto me alegro de encontrarme con usted; hace tantos años que no nos vemos... ¿Me permite invitarle a una copa? ¿O está usted demasiado ocupado para perder unos minutos con un antiguo alumno?

—Lo que estoy es a punto de explotar, Pedro —respondió el científico irritadamente—. Si ahora me acercasen una cerilla, estallaría como un barreno...

—¿Qué le pasa, profesor? ¿Alguna contrariedad en sus experimentos? —preguntó Dartan, conteniendo heroicamente las ganas de soltar el trapo de la risa.

—Peor, mucho peor. Infinitamente peor. He tenido éxito..., ¡y ojalá hubiese fracasado, Pedro!

Dartan se quedó como si viera visiones.

—No entiendo —dijo—. Si ha tenido éxito, ¿por qué se entristece?

—¿Que por qué...? Bueno, ¿no me has invitado a una copa o algo por el estilo? Mira, ahí veo un bar; entremos y te lo contaré todo.

—Con mucho gusto, profesor —accedió Dartan.

Kutznin echó a andar de nuevo, pero, de repente, se detuvo y miró a su interlocutor.

—Por cierto, Pedro, todavía no te he preguntado qué es lo que haces —dijo—. Eras un buen estudiante, aunque todo sea dicho, no de los más sobresalientes.

Dartan suspiró.

—Tiene usted razón, profesor —convino—. Parece ser que mi camino no era el de la Ultrafísica, así que lo dejé y entré en la Policía Universal, que generalmente y para abreviar, se llama Unipol.

CAPÍTULO II

El profesor Kutznin demostró tener, más que sed, un apetito formidable. Despachó cuatro bocadillos, un fenomenal trozo de pastel y regó todo con dos enormes jarras de cerveza.

—Es que, verás —dijo, acariciándose el estómago al terminar el banquete—, entretenido con mis trabajos, me había olvidado por completo de todo, hasta de comer. ¿Quieres creer que hacía veinticuatro horas que no probaba bocado?

—Le creo sin necesidad de que me lo jure, profesor —dijo Dartan, que conocía bastante bien al científico, de sus tiempos de estudiante—. Pero si es así, sus trabajos deben de tener una importancia enorme, opino yo.

—Opinas bien, muchacho —contestó Kutznin—. Tú recuerdas la Bomba, ¿no?

Dartan dejó de sonreír.

—¿La Bomba? ¿Qué tiene que ver con todo esto? —se extrañó.

—Mucho, más de lo que tú mismo crees. Está a punto de explotar.

—¡Rayos!

Dartan se había quedado con la boca abierta. Jamás había oído nada semejante.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó—. Hay paz en la Tierra..., los Extraños aseguraron que mientras hubiese paz, la Bomba permanecería inactiva...

Kutznin soltó una risita.

—Conque inactiva, ¿eh? —golpeó su portafolios y dijo— ¡Aquí llevo todas las pruebas de que pronto hará ¡pum!, así como suena o, mejor dicho, como sonará, porque nosotros no lo oiremos, claro.

—Pero, profesor... —Dartan se sentía aturdido; pese a que era un tipo estrafalario, chiflado le llamaban otros, no se podía dudar en modo alguno de la capacidad científica de Kutznin—. Lo que dice

usted, me parece demasiado fuerte, a decir verdad.

—Mira, muchacho, ya sé que resulta fuerte, pero no por ello es menos cierto. Hace tiempo que vengo experimentando con detectores ultrasensibles, construidos especialmente por mí mismo y probados con métodos irrefutables, lo cual excluye, por tanto, toda posibilidad de fallo. Bien, esos detectores han señalado, en los últimos tiempos, un considerable aumento de radiactividad en el planeta. Puesto que todas las armas nucleares fueron destruidas y sus emplazamientos arrasados, dado que las posiciones de las plantas de energía son perfectamente conocidas y su radiactividad está absolutamente controlada, ese aumento no podía proceder más que de un punto. Enfoqué hacia allí mis detectores, empecé a hacer observaciones..., y resultó que era la Bomba.

Dartan se sentía absorto. Ahora ya no podía dudar de las palabras del profesor.

—Sí, muchacho, era la Bomba —continuó Kutznin—. No vayas a creer que mis trabajos son fruto de un solo día; he tardado meses en llegar a esta conclusión, pero mis observaciones han dado un resultado totalmente cierto e irrefutable. La Bomba estallará en un plazo no inferior a seis meses ni superior a un año.

Dartan se pasó una mano por la cara.

—Caramba, no me haría gracia morir a los treinta y dos años —masculló.

—Esa es la suerte que nos espera a todos, si el Gobierno no lo remedia. Y dudo mucho de que lo remedie, muchacho —dijo Kutznin, lúgubremente—. He ido haciendo observaciones día a día, configurando gráficas y consultando mis instrumentos casi día a día. El proceso de aceleración en el aumento de la radiactividad sigue una línea inalterable, pero ascendiente; lenta, si tú quieres, pero irrefrenable.

—En suma, que no se puede evitar la explosión.

Kutznin hizo un gesto negativo.

—No. Inevitablemente, la masa nuclear contenida en la Bomba llegará a su fase crítica y entonces se producirá el estallido.

—Bueno, pero, algún remedio habrá, digo yo.

—Eso ya es cosa del Gobierno. —Kutznin se puso repentinamente en pie—. Por favor, Pedro, no repitas a nadie lo que te

he contado; podrías provocar el pánico..., y las cosas han cambiado bastante desde que los Extraños pusieron allá arriba su maldita bomba. La ciencia ha adelantado extraordinariamente en estos doscientos años y tal vez se encuentre un remedio para la explosión. A fin de cuentas, después de dos siglos de paz, no van a volver los humanos a matarse los unos a los otros.

—Es posible que tenga usted razón —convino Dartan—. Y, ¿qué piensa hacer ahora?

—Tengo que sacar mis notas en limpio y hacer algunas rectificaciones de última hora, sin importancia, más de forma que de fondo. Antes de cuarenta y ocho horas, pondré mi trabajo en manos del Gran Consejo Científico de la Tierra. ¡Adiós, Pedro, y gracias por el convite!

Kutznin se marchó atropelladamente. Dartan quedó en el mismo sitio, profundamente pensativo, haciéndose a sí mismo multitud de preguntas, a ninguna de las cuales estaba en situación de contestar.

Sólo había una cosa cierta: si el descubrimiento del profesor se hacía público, el pánico más horrible cundiría por toda la superficie del planeta, con las consecuencias que eran fáciles de imaginar.

Junto a la mesa, tenía un pequeño televisor de noticias, como sucedía en el resto de las mesas. A fin de distraer un poco los lúgubres pensamientos que le atormentaban, Dartan conectó el aparato.

El locutor daba una noticia en aquel momento:

—Como ya anunciamos en boletines anteriores, nuestro presidente, el honorable Vernon I-Ndar, contraerá matrimonio en fecha muy próxima, con la bella señorita Sybila Cárter...

Dartan soltó un bufido.

—Y pensar que I-Ndar se quedó viudo hace sólo seis meses —masculló, disgustado por lo que estimaba una inconsecuencia sentimental del que ostentaba el más alto cargo político en el planeta.

Apagó el televisor, abonó la cuenta y se marchó.

* * *

El receptor secreto tecleó un mensaje en clave:

> «Actividades científicas profesor Fedor Kutznin son peligrosas. Deben ser eliminados y destruidos todos sus aparatos y anotaciones. Acuse recibo del mensaje e informe de su cumplimiento por la misma clave. La orden deberá ser ejecutada con la máxima discreción. Destruya el mensaje una vez enterado de su contenido.»

Unos ojos leyeron el mensaje, después de ser descifrado. El que lo había recibido, se preguntó qué clase de peligro podrían encerrar las actividades de Kutznin.

Pero era hombre disciplinado y cumplía siempre las órdenes que se le daban, aunque se refiriesen a la muerte de un ser humano.

* * *

—Ya se puede marchar, Theda —dijo Kutznin—. Yo terminaré de repasar el informe. Usted ha trabajado demasiado y necesita descansar.

—Gracias, profesor.

Theda Conroy emitió una sonrisa. Era una muchacha alta, espigada, de ojos claros y pelo castaño. Hacía tiempo que estaba empleada como secretaria y ayudante personal del profesor y tanto uno como otra se sentían recíprocamente satisfechos.

Kutznin tenía una eficiente secretaria y Theda hacía un trabajo que le agradaba bastante, aparte de que cobraba un buen sueldo. Por otra parte, el horario, si bien no era muy exacto, y a veces estaba más tiempo del debido, tampoco era agobiante.

—Volveré mañana…

Kutznin interrumpió a la muchacha.

—No será necesario, Theda —dijo—. Puede tomarse tres días de descanso. Yo estaré muy ocupado, pero lo que debo hacer no

requiere ayuda. Sólo le pido una cosa.

—Sí, profesor.

—Discreción. Silencio absoluto. Usted me entiende, ¿verdad?

—Desde luego, profesor.

Theda recogió su bolso y se marchó. Kutznin quedó solo en la casa.

Hasta el día siguiente, no tenía que salir. Las labores mecánicas, limpieza y demás, eran realizadas por un robot. En cuanto a la comida, tenía la dispensadora automática repleta de alimentos sólidos y líquidos.

Kutznin quedó solo en su cuarto de trabajo. Sentado frente al escritorio, empezó a repasar las hojas mecanografiadas que contenían su sensacional informe.

Abstraído en su labor, no se dio cuenta de que alguien había entrado en el edificio. Tampoco se percató de las actividades del intruso.

Un cuarto de hora más tarde, se produjo la primera explosión, seguida, con fracciones de segundo, de otras varias, todas ellas de enorme potencia.

La casa entera saltó por los aires. Los restos ardieron completamente.

El profesor murió instantáneamente. En la vecindad se rompieron infinidad de cristales y se produjo una enorme confusión, además de la consiguiente alarma.

Cuando llegaron los primeros servicios sanitarios y policiales, ya no encontraron otra cosa que ruinas incandescentes. Al fin, cuando el fuego quedó extinguido, se inició la búsqueda de restos.

Nadie encontró jamás el cadáver de Kutznin, por la sencilla razón de que había resultado literalmente desintegrado por la explosión.

* * *

La máquina secreta emitió un mensaje, en clave, naturalmente:

> «Cumplida orden referente a Prof. Kutznin. Todo destruido. No hay rastros.»

* * *

En algún lugar, otra máquina, en lenguaje sencillo, tecleó:

> «Del comandante XVII sector Unipol al capitán P. Dartan:
>
> »Investigue causas explosión que causó la muerte del Prof. Kutznin e informe a esta jefatura.
>
> »Firmado: O. Taylaby, comandante XVII sector Unipol.»

—Si no me hubieran dado este caso, lo hubiese pedido yo —dijo Dartan al recibir el mensaje.

Un oscuro presentimiento había nacido en su mente al conocer la noticia de la muerte de Kutznin. Era, tal vez, instinto, pero Dartan estaba convencido de que el profesor no había muerto en un accidente, como daban a entender todas las informaciones.

CAPÍTULO III

Lenta y tenazmente, Dartan fue interrogando a todos cuantos podían aportar alguna luz sobre el suceso.

La mayor parte de los interrogados no dijeron nada de importancia. Dos o tres de ellos, sin embargo, coincidieron en un detalle y, poco más o menos, dijeron lo mismo:

—La cosa ocurrió cuando la secretaria se había ido ya, una media hora más tarde, aproximadamente.

Otro testigo dijo haber hablado con la secretaria del profesor en alguna ocasión. Era un hombre joven y bien parecido y, según dijo, la chica le gustaba bastante, por lo que había intentado entrar en relación con ella.

—Una vez me invitó a tomar té en su casa —declaró—. Luego, la verdad, me salió un trabajo inesperado y no pude rechazarlo. Tuve que desistir de la invitación y quedamos para otra ocasión, pero hasta ahora no se ha producido. No me parece, por otra parte, una chica amiga de demasiados devaneos.

—Está bien —dijo Dartan—. ¿Recuerda el domicilio de la señorita Conroy?

—Por supuesto —respondió el testigo—. Es el número ocho mil setecientos dos, de la avenida de Marte, departamento cincuenta y nueve E.

—Muchas gracias, amigo.

Otro testigo declaró haber visto a un tipo que ahora le parecía sospechoso, poco antes de la explosión.

—Nunca le había visto por aquí, a decir verdad —manifestó—, Tampoco me extrañó entonces, pero sí me fijé en que, en uno de sus paseos, porque estuvo yendo y viniendo durante un rato, se quedó mirando a la casa del profesor. Oiga, nosotros no sabíamos que el profesor hiciera experimentos tan peligrosos... Siempre creímos que sus trabajos eran inofensivos...

—Por lo visto, todos estábamos equivocados —dijo Dartan con

la mejor de sus sonrisas—. ¿Podría usted describirme al tipo que ahora le parece sospechoso?

—Pues..., sí, no hay inconveniente. Era de buena estatura, más o menos como usted, capitán, pero mayor; quiero decir que tendría unos cuarenta años. Aunque, vaya usted a saber, hoy día con los tratamientos gerontológicos, una dama de cincuenta años parece a veces una chiquilla de veinte. Uno no se puede fiar...

Dartan procuró dominar la risa que le asaltaba al escuchar aquellas palabras.

—No es tan mala época, por otra parte —comentó—. Siga con la descripción, amigo, se lo ruego.

—Bueno, a mí me parece que tendría unos cuarenta años, aunque, a lo mejor, su edad real es de sesenta o sesenta y cinco. Bien conservado sí se le veía, desde luego; derecho como un huso, atlético y... Oiga, tenía la cabeza completamente pelada y las cejas picudas... Las ropas eran corrientes, no le noté nada de particular. Pero sí recuerdo que me chocó el detalle de la cabeza pelada y las cejas picudas. ¿Usted cree que ese fulano tuvo algo que ver con la explosión?

—No lo sé —respondió Dartan—. Además, ni siquiera sabemos si fue algo provocado. ¿Quién iba a desear la muerte del profesor Kutznin? Debió de ser un accidente, seguro. Lo que pasa es que, en estos casos, la investigación policial es de rutina, como puede comprender.

—Claro, claro —dijo el testigo.

Dartan guardó la pequeña grabadora en la que había registrado las declaraciones de los testigos. Luego ordenaría a su robot-mecanógrafa que obtuviese las correspondientes copias, que serían microfilmadas y archivadas. El papel se destruiría por cremación, con lo cual se ahorraba espacio, y los archivos quedaban mucho más descargados en su contenido.

Ahora, se dijo, sólo faltaba interrogar a Theda Conroy, la secretaria de Kutznin. Se preguntó por qué el profesor no había usado un robot para tales menesteres. Tal vez era de métodos un poco anticuados y, para ciertos trabajos, le convenía una persona.

Con una secretaria, sobre todo si era inteligente, podía discutir algunos de los aspectos de sus experimentos. En cambio, empleando el robot, sólo podía usarlo en trabajos que se podían llamar mecánicos:

mecanografía y almacenamiento de datos, entre los principales.

Pero un robot carecía de discernimiento y esto era, pensaba Dartan, lo que el difunto Kutznin había buscado al contratar a Theda Conroy.

* * *

Theda oyó el timbre de la puerta y acudió a abrir. Una vez lo hubo hecho, se vio ante un hombre de unos treinta y pico de años, alto y bien parecido, de pelo negro y corto y ojos oscuros. El visitante usaba el uniforme de la Unipol, en cuyas hombreras pudo ver Theda los dos circulitos dorados, con las letras U P, en su interior, y en color negro, que eran el distintivo de su grado de capitán.

—¿Hablo con la señorita Conroy? —preguntó el joven.

—Sí, yo misma. ¿En qué puedo servirle, capitán?

—Me llamo Dartan, Pedro Dartan. Usted acaba de citar mi graduación en la Unipol. El asunto que me trae es oficial. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto, capitán. Adivino que viene a hablarme del profesor Kutznin, ¿no es cierto?

—En efecto, señorita —admitió él, una vez traspasado el umbral—. Imagino que estará usted al corriente de todo.

—He leído los diarios televisados y también he visto las noticias emitidas por la televisión —contestó Theda—. Todavía no he podido acostumbrarme al hecho de la muerte del profesor... Pero no le he preguntado si quiere tomar algo, capitán.

—Una taza de café, si no le representa molestia, señorita.

—Ninguna, desde luego.

Theda se acercó a la máquina dispensadora de alimentos que estaba en uno de los lados de la sala, empotrada en la pared. Dartan la contempló furtivamente.

Era muy alta y esbelta, apreció. Su cuerpo, de líneas armoniosas, estaba cubierto con una simple chaquetilla corta, sin apenas mangas, y unos breves pantaloncitos de brillante color

amarillo. El pelo estaba recogido en un voluminoso moño sobre la nuca, sujeto con una ancha cinta del mismo color que sus ropas. Era un peinado algo anticuado, pero, precisamente por lo mismo, agradó más al visitante.

Theda marcó la tecla «café» y dio el contacto. Instantes después, Dartan tenía en sus manos un vaso de papel con la infusión humeante.

—Antiguamente, estas cosas se servían de otro modo —se lamentó la muchacha—. Había tazas de porcelana y otros detalles...

—La mecanización y la comodidad imponen estas servidumbres, señorita —sonrió Dartan—. Bien, ¿qué me dice usted de la muerte del profesor?

—Lo que yo le diga no va a servir de nada, porque, en primer lugar, usted no me creerá y, en segundo, aunque así sucediera, ¿qué pruebas podría yo aportar para unas afirmaciones que no me atrevo a hacer?

—Lo que trata usted de decirme es que la muerte del profesor no se debe a un accidente. ¿Me equivoco, señorita Conroy?

—Acierta usted, capitán —respondió Theda con firme acento.

* * *

—Ninguno de los aparatos e instrumentos que tenía el profesor en el laboratorio era susceptible de producir la menor explosión; y aunque hubiera habido alguno, tal explosión no habría destruido por completo la casa ni desintegrado su cuerpo. Por tanto, pienso que fue asesinado —dijo Theda.

—¿Por quién, señorita? —preguntó Dartan.

Theda se encogió de hombros.

—No se me ocurre la menor hipótesis —contestó—. ¿Quién iba a tener interés en eliminar al profesor? Pero, sobre todo, ¿por qué?

—En cuanto al «quién» no le puedo yo decir nada. Respecto al «qué», sí es posible que haya un motivo.

—¿Puede decírmelo, capitán?

—Sus observaciones sobre el aumento de radiactividad en la Bomba.

Theda se sintió vagamente sorprendida al oír aquellas palabras.

—¿Cómo lo sabe usted? —inquirió.

—Me lo comunicó el propio Kutznin, dos días antes de su muerte. Nos encontramos casualmente y estuvimos recordando viejos tiempos. Yo había sido alumno suyo en cuarto curso de Ultrafísica.

—Oh, ahora lo comprendo… ¿Él le mencionó el descubrimiento?

—Sí, yo me lo encontré por la calle. Iba hablando solo, muy furioso. Hablamos un poco y luego entramos en un café a tomar algo. Entonces me lo contó todo, aunque luego me rogó silencio, cosa que he cumplido, como puede imaginarse fácilmente, señorita Conroy.

Theda se sentó, apoyó los codos en las rodillas y juntó las manos.

—También a mí me encomendó discreción, porque yo había recogido sus apuntes en cinta, primero, y luego había hecho los borradores que, después de corregidos por él mismo, pasé en limpio. Pero ahora, después de la destrucción de su casa, ya no ha quedado el menor rastro de su trabajo.

—¿Seguro, señorita Conroy? ¿No envió alguna copia a ninguna entidad científica? ¿Todo cuanto se hizo, estaba en la casa?

—Sí, capitán, de ello estoy absolutamente segura. A menos que lo comunicase a otra persona, sólo usted y yo estamos enterados de tan terrible secreto —dijo Theda.

Dartan hizo un gesto de contrariedad.

—No es posible que nadie más lo sepa, salvo quien planeó el asesinato —dijo.

—Pero, ¿por qué? Era un descubrimiento que convenía se hiciese público, al menos en determinadas esferas…

—Eso es algo a lo que no puedo responderle, señorita —manifestó Conroy—. Lo único que puedo decirle es que nadie divulgará los descubrimientos hechos por Kutznin. En efecto, ¿quién iba a creernos, si dijéramos que la Bomba puede estallar dentro de seis meses, un año a más tardar? Nos tomarían por chiflados, ¿comprende?

—Indudablemente, pero yo también soy de la opinión que debemos hacer algo. No podemos quedarnos parados, capitán —dijo Theda con vehemencia.

—Si quiere un consejo, señorita, le diré que siga las órdenes del profesor. No diga nada a nadie, al menos por ahora.

Theda le miró fijamente.

—¿Cree que puedo correr algún peligro? —inquirió.

—Usted y yo estamos convencidos de que Kutznin no murió accidentalmente. Alguien, no sabemos cómo, se enteró de sus trabajos, y pensó que no resultaría conveniente su divulgación. Pero el profesor, cuando estaba convencido de alguna cosa en la que creía tener razón, no se callaba. No se hubiera callado, ni aunque se lo hubiera ordenado alguien con autoridad suficiente para ello. La única solución para conseguir su silencio estribaba, precisamente, en lo que ya ha ocurrido: su muerte.

—Creo que tiene usted razón, capitán —convino la muchacha —. Yo callaré..., pero, ¿no le parece horrible guardar silencio, mientras la radiactividad va aumentando día a día en la Bomba? Llegará un momento en que su carga alcance la masa crítica y entonces...

Theda se calló. El porvenir que no se atrevía a sugerir era fácilmente adivinable: la destrucción del planeta.

Dartan se puso en pie. Theda dijo:

—Capitán, una cosa parece segura: alguien se enteró de los trabajos del profesor, y no fue por mi mediación, se lo aseguro. Si encuentra a esa persona, habrá encontrado al asesino.

—Eso mismo opino yo, señorita Conroy —contestó Dartan.

CAPÍTULO IV

Una vez hubo terminado la investigación, Dartan redactó su informe, si bien «elaboró» de un modo particular el interrogatorio de Theda Conroy. El instinto le decía que la conversación que había sostenido con la muchacha no debía ser divulgada en su totalidad.

Con el informe en la mano, pidió audiencia para hablar con el comandante de su sector. El general Taylaby se la concedió en el acto.

Dartan llevaba el cartucho con el microfilme en la mano y lo puso en la máquina lectora que su jefe tenía en el despacho. Taylaby leyó superficialmente las declaraciones de los testigos y luego se encaró con el joven.

—Así pues, usted opina que se trata de un accidente —dijo.

—Para el público, eso es lo que debe ser —contestó el joven—. Entre nosotros, señor, fue un asesinato. Pero no tengo medios de probar mis aseveraciones.

Taylaby arqueó las cejas.

—Explíquese usted, capitán —pidió.

Dartan habló durante unos minutos. Aun así, ocultó algunos de los detalles de su investigación y, por supuesto, no mencionó siquiera lo referente a la Bomba.

—¿Cree que puede tratarse de alguna rivalidad profesional, capitán? —preguntó Taylaby.

—Lo dudo mucho, señor. Las rivalidades, al menos entre científicos, no suelen llegar a tales extremos. Yo diría mejor que el profesor hizo un importante descubrimiento y alguien quiere aprovecharse de ello.

—Es decir, que lo mató tras apoderarse de... de lo que hubiera descubierto el profesor.

—Justamente, señor.

Taylaby hizo un gesto de asentimiento.

—Ha obrado usted bien, capitán —dijo—. Haremos constar, oficialmente, que la muerte de Kutznin se produjo en accidente. Mientras, usted, de modo extraoficial, continuará la investigación.

—Gracias, señor —contestó el joven.

—Encuentre al criminal. Nosotros nos encargaremos de él. Hay muchas celdas vacías en el Asteroide Penal.

—Ahora no lo pasaría tan mal —sonrió el joven—. El otro presidio era infinitamente peor…

—Tampoco se divertirá allí —aseguró Taylaby.

Dartan volvió a su oficina y, durante largo rato, estuvo pensando en la mejor forma de llevar a cabo su cometido. Una de las cosas que más le preocupaba era, aparte de los motivos del asesinato, la forma en que el asesino había conseguido enterarse del descubrimiento de Kutznin.

«Pero, ¿por qué ocultar algo que podría resultar beneficioso para todos?», se preguntaba una y otra vez.

Y por más que lo intentó, no consiguió encontrar una respuesta acertada.

* * *

La máquina secreta funcionó de nuevo:

> «Theda Conroy, ayudante secretaria del profesor Kutznin, deberá ser internada en clínica Ormeson donde será sometida a tratamiento adecuado, a fin de que olvide por completo todo lo relacionado con su trabajo con el citado profesor Kutznin.»

Alguien leyó el mensaje y se dispuso a ejecutarlo.

* * *

Al despacho del comandante del XVII Sector de 1a Unipol llegó otro mensaje, aunque no en clave:

> «Capitán Pedro Dartan deberá ser transferido a IV Unidad Tráfico, cesando inmediatamente en su actual cometido. Comunique al interesado y acuso recibo.»

Taylaby se quedó perplejo. Pero era hombre disciplinado y se aprestó a cumplir la orden que, por supuesto comunicó a Dartan.

El joven se quedó perplejo al enterarse de su cambio de destino. Después de algunos intentos, consiguió hablar con el que ya no era su comandante.

—Señor, no entiendo este cambio de destino…

—Yo tampoco, y créame que lo siento, capitán, ya que pierdo a uno de mis mejores hombres, pero, como comprenderá, no puedo eludir el cumplimiento de esta orden…

—Diríase que hay alguien empeñado en que yo no continúe la investigación —murmuró Dartan, procurando contener la indignación que sentía—. Usted me encomendó que la continuase de un modo extraoficial, ¿no es así?

—En efecto —admitió Taylaby—, aunque, después de lo ocurrido, debo pedirle que cese en sus actividades sobre este caso.

—Desde luego, señor. Pero me gustaría hacerle una pregunta.

—No hay inconveniente, Pedro —accedió Taylaby benignamente.

—¿Con quién más, aparte de nosotros dos, por supuesto, comentó usted el caso?

—Hombre… —Taylaby parecía embarazado—. Hablé con el vicedirector de la Unipol… Me pareció lo correcto, Pedro.

—Se refiere a Karl Thragton, sin duda.

—Sí, desde luego. El director es Hanna Mowby, pero ya sabe usted, se trata de un cargo político más bien decorativo. Thragton es

quien lleva el peso de todos los asuntos de nuestro Cuerpo.

—Entiendo. Gracias, señor. Siempre recordaré con agrado el tiempo que tuve el honor de servir a sus órdenes —se despidió Dartan.

* * *

Pedro Dartan recogió las pocas cosas personales que tenía en su despacho y lo abandonó, dispuesto a pasar unos días después a la IV Unidad de Tráfico. Un puesto relativamente agradable y sin grandes complicaciones, pensó.

Pero el traslado se le hacía altamente sospechoso. ¿Quién estaba interesado en que no se continuase la investigación sobre la muerte del profesor Kutznin?

Y, todavía más, ¿había alguien lo suficientemente loco que quería gozar del inigualable espectáculo que sería la Tierra en llamas?

Una vez de regreso en su piso, se le ocurrió llamar a Theda. Pensaba que resultaría interesante cambiar impresiones con la muchacha.

El videófono le dio una respuesta que le dejó literalmente sin aliento:

—La persona asignada a este número, ha sido trasladada a la clínica psiquiátrica Ormeson, para tratamiento.

Nada más, ni ulteriores detalles ni más datos que permitiesen a Dartan formarse la menor composición de lugar acerca de los motivos que habían originado el internamiento de Theda en una clínica psiquiátrica.

Durante unos minutos, permaneció sumido en un sombrío silencio, absorto en sus poco agradables reflexiones. De pronto, sintió dentro de sí una cólera infinita.

Pero, ¿no estaba la Bomba para obligar a los hombres a que se comportasen pacíficamente? En tal caso, ¿por qué algunos desafiaban abiertamente tal prohibición?

Algo estalló dentro de su mente.

—Pues aunque no quieran, seguiré adelante, ¡hasta el fin! —

exclamó, sin darse cuenta de que hablaba consigo mismo.

En aquel preciso instante se formó el propósito de liberar a Theda. Pero no iba a empezar a actuar sin los informes necesarios.

Había alguien que podía facilitarle detalles sobre Ormeson, lo recordó de pronto. Buscó en su agenda y encontró un número.

Momentos después, tenía en pantalla el rostro de un hombre de su edad, aproximadamente, a quien conocía desde hacía tiempo y no sólo por razones profesionales.

—¡Hombre, Pedro! —exclamó el doctor Wendt—. No sabes cuánto me alegro de verte. Y de oírte también, por supuesto.

—Gracias, Alex. Lo mismo me pasa a mí y... ¿Puedo pedirte un favor?

El doctor Wendt le miró de soslayo.

—¿Profesional? ¿Tienes problemas con tu sesera, Pedro?

Dartan se echó a reír.

—No, por ahora no siento la menor necesidad de convertirme en tu cliente. Sólo quiero preguntarte una cosa, si es que te sientes en condiciones de informarme.

—Dispara ya, Pedro. ¿De qué se trata?

—Ormeson. ¿Has oído tú ese nombre?

Wendt torció el gesto.

—Has dicho Ormeson, Pedro.

—Sí, Alex.

—¿Qué te sucede? ¿Tienes algún pariente en aquel lugar?

Dartan se alarmó al ver la inusitada cara de seriedad que había puesto su amigo.

—Alex, habla claro de una vez —pidió—. ¿Qué sucede con Ormeson? ¿Es alguna sucursal del infierno?

—Algo parecido, Pedro. Tú ya sabes que, gracias a los adelantos médicos actuales, es raro el enfermo mental que no acaba por ser recuperado, es decir, sanado por completo.

—Sí, desde luego.

—Pues bien, Ormeson es el lugar adonde van a parar todos los enfermos mentales absolutamente irrecuperables.

Dartan se quedó helado al escuchar aquellas palabras.

—¡Pero eso no puede ser! —gritó—. ¡Ella estaba sanísima hacía, hace, sólo cuarenta y ocho horas...!

—¿Quién es ella, Pedro? —preguntó Wendt, muy intrigado.

—No te preocupes, tú no la conoces. De todas formas, gracias por tus informes, Alex.

—Lo siento, Pedro, no esperaba darte un disgusto. Y lo peor es que no puedo ayudarte en nada. Ormeson depende directamente de la vicedirección de la Unipol. Y ese organismo tiene sus psiquiatras propios, como puedes comprender.

Dartan oyó aquellas palabras y empezó a establecer una concatenación de hechos.

—De modo que Taylaby habló con Thragton y luego ella... —murmuró, ensimismado.

—¿Decías algo, Pedro? —preguntó el doctor Wendt.

—No, nada, Alex —respondió el joven vivamente—. Gracias por tus informes; han resultado sumamente interesantes.

Y cortó la comunicación.

Ahora, más que nunca, estaba dispuesto a liberar a Theda y a llegar al fondo del asunto.

CAPÍTULO V

Llamaron a la puerta. Dartan arqueó las cejas. Era extraño; no esperaba ninguna visita.

Habían transcurrido ya dos días desde su conversación con el doctor Wendt. Dartan había empleado aquel tiempo en perfeccionar su plan de asalto a Ormeson.

Abrió. Un hombre apareció ante sus ojos.

Era aún más alto que él, delgado y vestía un simple mono de color gris muy oscuro, casi negro.

—Soy el teniente Mollnver —se presentó—. Servicios Especiales de la Vicedirección de la Unipol.

Y enseñó una tarjeta metalizada que ya llevaba prevenida en la mano.

Como policía, Dartan conocía aquellos documentos de identidad, infalsificables y portables únicamente sólo por el interesado. No cabía duda, pues, de que Mollnver decía la verdad.

También sabía que la Unipol tenía una sección de Servicios Especiales: vigilancia de los propios policías, prevaricaciones y demás.

—Muy bien, teniente —dijo al fin—. Tenga la bondad de entrar.

—Gracias, capitán.

Dartan se abstuvo de ofrecer nada a su visitante. A los policías corrientes les resultaban antipáticos los de Servicios Especiales. Además, en su caso personal, tenía motivos más que sobrados para recelar de Mollnver.

—Le escucho, teniente —dijo.

—Debo hacerle algunas preguntas —manifestó el visitante—. Espero sepa disculparme por ello forma parte de mi trabajo.

—Por supuesto —respondió Dartan cortésmente.

—Se trata de la investigación que usted llevó a cabo acerca de

la muerte del profesor Kutznin. Entregó, creo, los resultados de su tarea.

—Al general faylaby en persona, desde luego.

—¿Todos los resultados, capitán?

—Todos —mintió Dartan sin pestañear.

—Está bien, aceptaré su palabra, capitán.

—No le queda otro remedio, digo yo.

Mollnver sonrió imperceptiblemente. Aquello puso frío en la espalda del joven.

—Quiero decirle otra cosa, capitán —siguió el visitante.

—Muy bien, ¿de qué se trata?

—Es una orden oficial. Olvide todo lo relacionado con ese caso. ¿Ha comprendido?

—Su lenguaje es perfectamente inteligible, teniente ¿Algo más?

—Sí, una cosa, la última, antes de despedirme. Esta conversación ha sido registrada y será debidamente analizada en el laboratorio de nuestra Sección. El teledetector de mentiras nos indicará claramente la sinceridad o la falsía de sus palabras.

Dartan apretó los labios. «Con esto no había contado yo», se dijo.

—Muy bien. Ahora, para despedirme de usted, ¿puedo decirle algo, teniente?

—No hay objeción, señor —accedió Mollnver.

—Antiguamente, cuando una persona quería demostrar el desprecio que sentía hacia otra, le escupía a la cara. No lo hago físicamente, por razones de higiene, pero delo por hecho en sentido metafórico.

La cetrina cara de Mollnver adquirió un pronunciado tono cárdeno. Estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo y, tras saludar como ordenaba el reglamento, abandonó el piso.

En cuanto a Dartan, al quedarse solo, se puso a jurar como nunca lo había hecho hasta el presente.

Pero luego se serenó y se sintió abrumado al considerar la clase de enemigos contra los que tendría que luchar, si quería salir adelante en su lucha.

* * *

Era de noche cerrada. Las calles de la ciudad aparecían espléndidamente iluminadas.

Dartan salió de su casa y caminó apaciblemente, desdeñando el cómodo recurso de las aceras deslizantes. Había muchos que caminaban a fin de hacer ejercicio.

De cuando en cuando, se detenía unos instantes, a fin de contemplar tal o cual escaparate presuntamente atractivo. Cada vez que lo hacía, divisaba al mismo individuo que venía siguiéndole desde el momento de salir a la calle.

Un cuarto de hora más tarde, entró en una taberna. Conocía bastante al dueño y éste le debía algunos favores.

—Vienen siguiéndome, Pete —dijo—. Tengo que salir por la parte posterior.

Pete Lassiter arqueó las cejas.

—Algún marido enojado, supongo, capitán —ironizó.

—Es probable que el tipo haya contratado algún detective privado. Ahora debe estar en la calle, esperando a que salga. Lo haré, pero por atrás, Pete.

—Entiendo, capitán.

Dartan ya había contado, tras la visita de Mollnver, que sería seguido por alguien. Prevenido, había situado su gravimóvil particular en la parte posterior del edificio.

Estuvo un rato sentado en un taburete, tomando una copa. Luego, ostentosamente, se dirigió a los lavabos.

Las ventanas de los lavabos daban a la trasera del edificio, a un callejón mal alumbrado. Era curioso, se dijo, mientras saltaba a través de la ventana; pasaban los siglos, se conocían adelantos increíbles..., pero las modificaciones urbanas, en muchos sentidos, eran punto

menos que desconocidas.

Sus pies tocaron el suelo. Una sombra se destacó súbitamente ante él.

—¡Alto, capitán! —ordenó el desconocido—. No siga adelante.

Dartan se paró en seco.

—Diríase que han adivinado mis intenciones... —murmuró.

—Así es —confirmó el otro.

—Tienen ustedes un jefe muy listo. O no sería vicedirector de la Unipol, ¿verdad?

—Nosotros obedecemos órdenes del capitán Shard —dijo el individuo secamente—. Y por ello, le agradeceré vuelva a su casa.

Dartan miró por encima de los hombros del individuo. Si, Thragton, y su acólito, Shard, eran muy astutos. Habían adivinado sus menores movimientos. Incluso tenían allí preparado su gravimóvil...

De súbito, sin previo aviso, disparó su puño derecho. El policía cayó fulminado.

Dartan corrió hacia el gravimóvil policial. No estaba seguro de que su oponente no hubiese manipulado en los mandos del suyo.

Apenas había abierto la portezuela, oyó pasos en el callejón.

—¡Alto! —gritó una voz colérica.

Dartan se zambulló en el interior del aparato. Sin ceñirse siquiera el cinturón de seguridad, presionó a fondo el botón de arranque.

El aparato se elevó como una centella. A través de la ventanilla, que no estaba cerrada, Dartan pudo escuchar un grito estremecedor:

—¡No, en ése no!

Miró por el retrovisor telescópico. El otro agente había adivinado sus intenciones y se había apoderado de su propio gravimóvil, lanzándose en su persecución. Pero, apenas había ganado cuarenta o cincuenta metros de altura, los motores sustentadores se pararon.

El aparato cayó a plomo. Desde la altura, Dartan pudo contemplar un tremendo fogonazo, seguido de una atronadora explosión.

—Yo diría que eso se debe a falta de coordinación —comentó para sí.

Y luego se felicitó mentalmente de no haber usado su gravimóvil.

De lo contrario, ya habría dejado de constituir un problema para los asesinos del profesor.

* * *

El sanatorio estaba ante él, enorme, macizo, cuadrado. Dartan se preguntó en cuál de las habitaciones se hallaría Theda.

Había algunas ventanas iluminadas. La mayoría, sin embargo, estaban apagadas, dado lo avanzado de la hora.

En aquellos momentos, calculó, sólo deberían de hallarse despiertos los que pertenecían a los servicios más urgentes. Pero también sabía que gran parte de estos servicios estaban desempeñados por robots.

Tras unos segundos de indecisión, avanzó resueltamente hacia el edificio. Caminó con aire desenvuelto a lo largo del ancho sendero que dividía en dos el frondoso parque que rodeaba al edificio.

La entrada y el vestíbulo de recepción se hallaban brillantemente iluminados. Tal como había supuesto, era un robot el que desempeñaba el papel de recepcionista.

Se acercó al mostrador.

—Humano Smith, psiquiatra —mintió con todo descaro—. Información sobre la habitación ocupada por la paciente Conroy, Theda.

—Número doscientos cinco, segundo piso —respondió la gangosa voz mecánica del robot.

Dartan no dijo nada más. A una máquina no se le daban las gracias.

En lugar del ascensor, prefirió usar las escaleras. Llegó a la segunda planta y asomó la cabeza;

Tal como había supuesto, se veía a un vigilante ante la puerta número 205. El policía, indudablemente perteneciente a S.E., estaba sentado en una silla y daba frecuentes cabezadas.

Era preciso hacerle abandonar su puesto. Dartan reflexionó unos instantes, y luego, pegándose a la pared, todavía en la escalera, hizo ruido con los pies.

El vigilante se despabiló en el acto. Miró hacia la escalera y sacó su pistola contundente.

Era un arma no mortífera, pero de efectos poco agradables para el que recibía la descarga, quien quedaba fuera de combate durante bastante rato. Dartan conocía bien el arma.

Hizo más ruido. El vigilante, paso a paso, se acercó al lugar de donde procedían los ruidos sospechosos.

Asomó la cabeza. Un puño ascendió hacia su mandíbula. La pérdida de conocimiento resultó instantánea.

Dartan se inclinó sobre el sujeto y le quitó la pistola y el transmisor individual. Luego corrió hacia la habitación donde se hallaba Theda.

Abrió. La joven se hallaba en la cama, dormida.

Dartan entró, cerró y se acercó a ella.

—Theda —llamó suavemente.

La joven abrió los ojos. Reconoció a Dartan y fue a gritar, pero él, oportuno, le puso una mano en la boca.

—Vístase, rápido —dijo en voz baja—. Nos vamos de aquí.

Theda le miró, asombrada.

—Pero, ¿cómo...?

—No hable ahora, no es el momento de comentarios. Lo que interesa es escapar cuanto antes.

—Sólo tengo las ropas de la clínica...

Dartan torció el gesto.

—Es una contrariedad, desde luego —dijo—. ¡Espere, se me ha ocurrido una idea! —exclamó de pronto.

Volvió a salir. El policía continuaba desmayado.

Dartan lo arrastró hasta el interior de la habitación y le despojó de su mono de uniforme.

—Quizá le esté un poco grande, pero todo consiste en que se remangue las perneras —dijo, al entregarle la prenda.

—Sí, capitán, pero… vuélvase, por favor —pidió Theda.

—Claro —rió él—. De todas formas, tengo que decirle algo. Me llamo Pedro.

—Gracias. Creo que ha llegado usted muy oportunamente —dijo ella, mientras se vestía—. Estaba ya en la fase preparatoria de la operación.

—Neurocirugía, ¿verdad?

—Exactamente. Pensaban extirparme una parte del cerebro. No me dijeron los motivos, pero me los imagino fácilmente. Ya estoy, Pedro.

—Entonces, vámonos.

Theda corrió hacia la puerta, pero él la retuvo por un brazo.

—Ese no es el sitio correcto —dijo—. La ventana es mejor.

—Hay dos pisos…

—Sólo son seis metros. ¿No ha hecho nunca ejercicio?

—Claro. Gimnasia rítmica, entre otras cosas. Pedro.

—No es mucho, pero menos es nada. Yo la sostendré por las muñecas; de este modo, la distancia al suelo será menor.

Theda aceptó las sugerencias del joven. Instantes después, rodaba por tierra.

—Y ahora, ¡a correr! —exclamó él.

Dartan agarró la mano de Theda, a fin de guiarla, pero, apenas habían avanzado una veintena de pasos, se oyó un agudo grito:

—¡Han conseguido escapar!

CAPÍTULO VI

Theda vaciló un momento. Dartan tiró de ella.

—No se detenga o estamos perdidos —dijo en voz baja.

Continuaron corriendo, procurando ocultarse entre las plantas del jardín, que era muy extenso. De repente, a poca distancia, oyeron dos voces masculinas.

—Deben de buscar el gravimóvil —dijo uno.

—Seguro —convino el otro—. Casi me dan ganas de dejarlos llegar hasta el vehículo...

Dartan y Theda permanecían agachados, tras un espeso macizo de flores. Dartan había reconocido en el acto una de las voces: la del teniente Mollnver.

Ignoraba quién era el otro individuo, pero sospechó fuese el capitán Shard, inmediato superior del teniente. Los dos hombres, sin embargo, les cerraban el paso.

El joven reflexionó un instante. Theda le miraba con ansiedad.

De súbito, Dartan se puso en pie y disparó dos veces la pistola contundente. Sendas bolas de aire comprimido a elevada presión, encerradas en una cápsula, formada por la misma tensión molecular del gas, chocaron contra los cuerpos de los dos oficiales, derribándolos instantáneamente por tierra.

Se oyeron unos gritos de dolor. Shard y Mollnver se revolcaban por el suelo, incapaces de actuar, a consecuencia de la contundencia de los invisibles impactos.

—Sigamos —dijo él.

Corrieron unos pasos más. Detrás de los fugitivos se oyó una orden, emitida con voz crispada.

—De... destruyan el gravimóvil policial... cuando estén en su interior...

«Shard debe de ser un individuo muy robusto. Otro cualquiera,

no habría reaccionado tan pronto, después de una descarga de una pistola contundente», pensó Dartan.

De repente, vieron a un policía delante de ellos, pistola en mano. Dartan cargó con el hombro contra él, derribándole por tierra. El hombre cayó, aunque sin perder el conocimiento.

La iniciativa, sin embargo, era de Dartan, que se apoderó de la pistola del agente. Tiró nuevamente de Theda y gritó:

—¡Vamos, ya estamos cerca del gravimóvil!

Corrió unos pasos más, siempre llevando a remolque a la muchacha, y luego se desvió hacia su izquierda, a fin de alcanzar la zona más oscura del parque.

—Agáchate.

Theda obedeció sin discusión. Apenas lo había hecho, se oyó un tremendo estampido, a la vez que se veía brillar una llamarada.

Alguien gritó:

—¡Estaban dentro! ¡Han tenido que morir instantáneamente!

—Muy bien —susurró Dartan—, eso nos conviene. Si nos dan por muertos, podremos movernos sin ninguna clase de obstáculos.

—Sí, pero, ¿adónde iremos ahora? —preguntó Theda, con no poca lógica.

—Ese problema está resuelto de antemano —contestó él, con la sonrisa en los labios.

* * *

El gravimóvil tomó tierra en la casita aislada en medio de la sierra, no lejos de un riachuelo de aguas saltarinas. Al poner pie en tierra, Theda miró con asombro a su alrededor.

—Un paraje realmente atractivo —dijo.

—Es muy bonito, en efecto. Hubo un tiempo en que yo venía aquí con alguna frecuencia —contestó Dartan.

—¿Es tuya esa casa? —preguntó Theda.

—Pertenece a un buen amigo mío, el doctor Wendt. Cuando se casó, dejé de venir por aquí.

—Sospecho que tus viajes a este lugar no fueron hechos en solitario —dijo Theda, mirándole de soslayo.

Dartan se echó a reír.

—Uno es joven…, tiene la sangre ardiente… y a veces se encuentra con una chica bonita… —Agarró a Theda por un brazo y la empujó suavemente—. Será mejor que entremos. En la casa debe de haber algunas ropas de la señora Wendt, puedes ponértelas sin el menor reparo. No hay dispensadora de alimentos, pero sí un frigorífico de gran tamaño, repleto hasta los bordes de comida.

—¿Cuánto tiempo habremos de estar aquí, Pedro? —preguntó Theda, en el momento de entrar en la casa.

—No lo sé —respondió él—. De todas formas, yo me vuelvo hoy a la ciudad. Lo siento, pero tendrás que quedarte sola unas horas. O tal vez algunos días.

Theda se detuvo en medio de la sala.

—Pedro, ¿te das cuenta del apuro en que te has metido? —exclamó.

—¿Y tú? —contestó él.

La muchacha se mordió los labios.

—No habría resultado agradable perder parte de los recuerdos —dijo.

—Eso mismo estoy yo pensando. Conocemos los motivos por los cuales querían borrar parte de tu memoria, pero, ¿por qué mataron al profesor? ¿Sólo para que no divulgase el resultado de sus descubrimientos? Pero, ¿quién tiene interés en ocultar un descubrimiento de tanta importancia?

Theda suspiró.

—Demasiados problemas, Pedro.

—Lo mismo opino yo —convino él—. Pero no por eso vamos a estar mano sobre mano, sin tratar de solucionarlos.

—Desde luego. Sin embargo, has de tener en cuenta una cosa.

—Dime, Theda. —Ya se tuteaban, y el tratamiento había llegado de una manera natural, casi sin darse cuenta.

—¿Quién y cómo llegará a la Bomba para evitar su explosión?

Hubo un instante de silencio.

—Es una pregunta demasiado complicada —dijo Dartan al fin —. Pero, de una forma u otra, habrá que hacerlo.

Miró a la joven y sonrió.

—Quédate aquí y descansa. Relájate; trata de olvidar tus problemas. Verás qué bien te sientes —añadió.

—No me sentiré muy bien, pensando en los riesgos que tú estás corriendo —dijo Theda.

—¡Bah! No olvides que tengo experiencia de policía. Eso sirve de mucho, te lo aseguro.

Dartan giró sobre sus talones y salió de la casa. Theda se asomó a la puerta y vio despegar al gravimóvil que, instantes después, no era sino un puntito en el espacio.

* * *

Los ojos de Pete, el tabernero, se dilataron enormemente al reconocer al sujeto que tenía frente a él.

—Cielos, si es…

—Tom Lañe, ése es mi nuevo nombre —dijo Dartan alegremente—. ¿Lo entiendes, Pete?

Uxly se pasó una mano por los ojos.

—Dijeron que usted había muerto…

—¿Te molesta que esté vivo?

—Al contrario, capitán.

—Tom, Tom Lañe. Y trátame de tú, ¿entiendes?

—Sí, señor…, digo, sí, Tom. ¿En qué puedo servirte?

—Por el momento, me conviene seguir siendo un muerto —dijo Dartan—. Ese es el motivo de que recurra a ti, para que me averigües una cosa.

—Si puedo hacerlo...

—¡Lo que tú no consigas! —exclamó Dartan con sorna—. El domicilio de un forajido llamado Shard, capitán de los Servicios Especiales.

Uxly silbó.

—¡Vaya una serpiente! —comentó—. Está bien, Tom, lo intentaré, pero puede que tarde un poco.

—Eso no me importa en absoluto, Pete.

Una mano se apoyó de repente en el brazo de Dartan, quien volvió la cabeza en el acto.

—Hola, buen mozo —dijo la mujer—. ¿Me invitas a una copa? Me llamo Sadie.

—Todas las que quieras, Sadie —rió Dartan—. Yo soy Tom Lañe.

—Encantada, Tom.

—Es un placer, Sadie.

Un *barman* puso sendas copas delante de ellos. Sadie era una mujer muy hermosa, de formas opulentas y pelo rojizo, vestida con singular audacia. Parecía contar unos treinta años, pero lo mismo podía tener veinte que cuarenta, se dijo el joven.

—Eres muy hermosa —dijo Dartan.

—¿Te gusto? —preguntó ella, muy esponjada.

—No soy un poste de madera —rió él, a la vez que la agarraba por un brazo—. ¡Eh, tú, envíanos una botella arriba! —se dirigió al *barman.*

Sadie se dejó llevar sin resistencia.

—Eres muy fuerte —elogió.

—Lo corriente —respondió Dartan, a la vez que abría la puerta del reservado—. Entra, preciosa; estaremos mejor a solas. Al menos,

eso es lo que yo opino.

—Una opinión que comparto totalmente —dijo la chica.

Llegó la botella y las dos copas, y Dartan cerró la puerta. Después de tomar un trago, Dartan dijo:

—Voy a comprobar una cosa, Sadie.

—¿Qué es, Tom?

Dartan la abrazó estrechamente, a la vez que acercaba sus labios a la oreja de ella.

—A ver si lo adivinas, Sadie —murmuró ardorosamente.

Sadie lanzó una suave risita. Luego, sus brazos, de mórbidos contornos, se elevaron hasta formar una cálida argolla en torno al cuello del hombre.

Transcurrió largo rato.

La botella estaba ya más que mediada. De pronto, llamaron a la puerta.

Sadie, lánguidamente tendida sobre un diván, se quejó:

—¿Quién es el estúpido que viene a molestarnos, Tom?

Dartan calló. Abrió ligeramente la puerta.

A través de la rendija vio el rostro de Uxly. La mano del tabernero le entregó un papel doblado, que Dartan hizo desaparecer en uno de los bolsillos de su traje.

—Gracias, Pete. Luego te pagaré —dijo el joven.

Dartan le guiñó un ojo.

—Diviértete, Tom. Es una chica muy hermosa.

—Sí, desde luego, Pete.

—Es la primera vez que viene por mi local. No sé de dónde habrá salido, pero no creo que eso importe mucho, ¿verdad?

—En absoluto, Pete; no importa lo que se dice nada.

Dartan cerró y se volvió hacia Sadie, que tendía sus brazos incitantemente, como llamándole a su lado.

—Ven, querido —rogó con cálido acento.

Y Dartan fue.

La visita al capitán Shard podía esperar. En realidad, no pensaba ir tan pronto. Las horas altas de la madrugada eran el momento más adecuado.

CAPÍTULO VII

La puerta giró muy lentamente, sin hacer el menor ruido. Dartan asomó la cabeza y no percibió ningún sonido.

Se preguntó si Shard se hallaría ausente. De pronto, le pareció escuchar un tenue ronquido.

Sonrió satisfecho. La presa estaba a su alcance.

Avanzó paso a paso hacia el interior del departamento, tras haber cerrado la puerta. Se asomó al dormitorio; una ligera claridad, que penetraba de la calle, le permitió ver el bulto del durmiente en su lecho.

Sobre la mesilla de noche divisó el brillo de un arma. Dartan conocía el tipo; era una clase de pistolas no usadas por los policías comunes. Aunque estaban obligados a conocer todas las clases de armas, había algunas que eran exclusivas de los hombres de Servicios Especiales.

La pistola desintegrante pasó a su poder. Dartan encendió la luz.

Shard despertó sobresaltado, sentándose de golpe en el lecho. Dartan apreció el cráneo mondo y las cejas picudas. Ya no había dudas; aquél era el sujeto que había sido visto merodeando en torno a la casa de Kutznin.

Shard parpadeó un instante. Luego, de golpe, se dio cuenta de su situación y alargó la mano hacia la mesilla.

—No se moleste, capitán; la tengo yo —dijo Dartan, jovialmente.

Los ojos de Shard brillaron con furia.

—Consiguió sobrevivir —masculló.

—Sí, engañé a sus hombres y creyeron que la chica y yo habíamos muerto en la explosión del gravimóvil.

—Un buen truco, pero usted mismo lo ha echado a perder, al venir a mi casa —dijo Shard.

—De momento, necesitaba ganar tiempo —explicó Dartan—. Me convenía llegar hasta usted sin obstáculos.

—Lo ha conseguido, a lo que veo. Pero mi domicilio es secreto...

Dartan soltó una risita.

—Ustedes, los de Servicios Especiales, nos vigilan a nosotros, pero carecen de experiencia en otros aspectos —contestó—. Su residencia no es tan secreta como usted creía, capitán.

—Está bien —dijo Shard—, eso no es relevante en modo alguno. ¿A qué ha venido?

—Se lo diré en cuatro palabras. Quiero que me diga por qué mató al profesor Kutznin.

Shard se encogió de hombros.

—No sé de qué me está hablando, capitán... ex capitán, mejor dicho, porque ya ha sido dado de baja en el Cuerpo.

—Sí, por fallecimiento —rió Dartan—. Pero estábamos hablando del profesor Kutznin.

—Repito que no sé nada —insistió Shard hoscamente.

Impasible, Dartan quitó el seguro de la pistola y apuntó con ella al ocupante del piso.

—Hubo un testigo que vio a un hombre de sus características físicas merodeando en torno a la casa del profesor, poco antes de que se produjera la explosión —dijo—. ¿Prefiere morir desintegrado, Shard?

Sorprendentemente, Shard se echó a reír.

—Usted no es un asesino, Dartan —dijo—. ¿Cree que puedo temer su amenaza?

—Muy bien —contestó el joven—. Lo haremos de otra forma.

Shard le miró con curiosidad. La pistola desintegrante fue sustituida por la contundente.

Shard lanzó un aullido cuando un proyectil de aire comprimido le golpeó con fuerza en el hombro izquierdo, derribándole de espaldas.

—Puedo seguir indefinidamente —dijo Dartan—. Usted sabe que esta clase de pistolas tienen un diminuto compresor, alimentado por una batería de duración prácticamente indefinida. ¿Disparo de nuevo?

La cara de Shard estaba deformada a causa del dolor. Hizo un signo negativo y dijo:

—No es necesario. Lo hice por… por una orden superior…

—¿Quién dio la orden?

—No le contestaré, porque lo ignoro. Fue un mensaje especial, cifrado, sin firma.

Dartan arqueó las cejas.

—De modo que esa orden vino desde lo alto —dijo.

Shard guardó silencio en una tácita afirmación a las palabras del joven. Dartan meneó la cabeza.

—Muy peligroso debía de ser el profesor Kutznin para alguien —comentó—. Shard, ¿se le ha ocurrido a usted preguntarse por los motivos de esa orden?

—No. Soy un hombre disciplinado…

—Capaz de asesinar a cualquiera, sin emplear el propio discernimiento. Entonces, en lugar de un ser humano, es usted una máquina de matar.

Shard le dirigió una fiera mirada.

—Dartan, le dieron una orden y le cambiaron de puesto, precisamente para que no siguiera investigando. Su actitud puede costarle muy cara —advirtió hostilmente.

—Me hago cargo de ello —aceptó el joven— pero lo que usted ignora es que el descubrimiento que había hecho Kutznin podía resultar vital para la supervivencia de la Humanidad. ¿Quién puede estar interesado en la destrucción del planeta?

Shard se quedó con la boca abierta. Dartan ya no quiso seguir hablando y giró sobre sus talones.

Apenas había dado cuatro pasos, oyó a sus espaldas un rugido de rabia. Se revolvió velozmente.

Shard saltaba del lecho, dispuesto a arrojarse sobre él. Dartan presionó el gatillo de la pistola.

El proyectil de aire comprimido alcanzó a Shard en el centro del pecho, lanzándolo hacia atrás con indescriptible violencia. La cabeza y los hombros del asesino chocaron contra los vidrios de una ventana, rompiéndolos con gran estrépito.

Shard lanzó un aullido de pánico. El impulso recibido era demasiado fuerte y saltó a través del hueco.

El pavimento de la calle estaba treinta pisos más abajo.

* * *

—He oído la noticia de la muerte de Shard —dijo Theda—. Los informes hablan de suicidio.

—Le maté yo —confesó Dartan tranquilamente, mientras aceptaba la taza de café que ella le tendía.

Theda se quedó atónita.

—¿Tú?

Las piernas le flaquearon de pronto y tuvo que sentarse en una silla.

—Lo siento —se excusó Dartan—. Creo que te lo he soltado con demasiada brusquedad.

Theda meneó la cabeza.

—Nunca esperé que las cosas llegaran a semejante extremo —murmuró.

—La extremosidad de este asunto empezó con la muerte del profesor —dijo Dartan—. Pero lo peor de todo es que la orden fue emitida desde un lugar muy alto, Theda.

—¿Cómo? —se asombró la muchacha.

—Eso es lo que me dijo Shard, aunque, probablemente, fue sincero al declarar que desconocía el nombre de la persona que le dio la orden. Yo tengo entendido que cierto número de oficiales de los

Servicios Especiales, a partir de determinada graduación, tienen unas máquinas secretas, por las cuales reciben órdenes muy reservadas. A Shard le debieron de dar una de esas órdenes y la cumplió, eso es todo.

Theda seguía estupefacta.

—Pero eso es inconcebible…

—Querida, te quedarías sin habla si conocieras muchos de los secretos de los Servicios Especiales…, y yo mismo desconozco la mayor parte de sus procedimientos. Pero no me cabe duda de que Shard actuó por orden de alguien situado en un puesto muy elevado.

—¿Se te ocurre algún nombre, Pedro?

El joven se encogió de hombros.

—Por encima de los oficiales como Shard están los cuatro jefes de división, el superintendente y luego el vicedirector de la Unipol. Está también, por supuesto, la directora, pero es un cargo político más bien decorativo. Y luego, claro, vienen el ministro de Paz Pública y el presidente,

—Es decir, la orden de matar a Kutznin pudo provenir de cualquiera de esos escalones.

—No te quepa la menor duda. Pero, ¿quién lo hizo?

—No lo entiendo en absoluto. Kutznin sólo trataba de prevenir de un gravísimo peligro…

—Y hay alguien a quien no le interesa que se divulguen los resultados de sus experimentos.

—A nosotros no nos creerían, Pedro —dijo Theda tristemente —. No sólo no recuerdo por completo todo lo que él me dictó, sino que sus aparatos especiales, con los cuales se podrían probar sus aseveraciones, quedaron destruidos en el siniestro…, y puesto que estaban construidos por él personalmente, resultaban únicos.

Dartan torció el gesto.

—Eso sí que es un serio contratiempo —calificó—. Yo había pensado someterte a hipnosis, a fin de que recordases puntualmente todo cuanto te dictó el profesor…, pero ello no resultaría una prueba definitiva.

—Suponiendo, claro está, que me permitiesen declarar ante el Gran Consejo Científico —dijo Theda.

Dartan se quedó pensativo unos instantes. Luego dijo:

—Temo que no me va a quedar otro remedio que seguir investigando, hasta llegar a la persona que dio la orden de matar a Kutznin —dijo.

—¿Lo conseguirás, Pedro?

—Theda, nada me gustaría más que responder afirmativamente a tu pregunta —contestó Dartan.

—Entonces, continuarás investigando...

—Mientras, tú seguirás aquí escondida, Theda.

—Pero correrás graves riesgos. A estas horas, es probable que, como se decía en la antigüedad, hayan puesto tu cabeza a precio.

Dartan se echó a reír.

—Querida, tengo ciertas ventajas, las cuales consisten, sobre todo, en que se trata de un asunto muy reservado. No pueden dar una orden general a todos los policías de disparar contra mí apenas me vean. La gente empezaría a preguntarse por qué un oficial, de bastante buena reputación hasta el presente, se ha convertido de repente en un criminal, sin que se dé una explicación pública y convincente de esa orden. ¿Lo comprendes ahora?

—Sí, desde luego —dijo Theda, más aliviada—. Pero seguirán buscándote...

—Sólo unos cuantos y de los más fieles y seguros. Pero siempre serán pocos para encontrarme.

—Me gustaría compartir tu optimismo —dijo la muchacha.

—No creas ni por un momento que voy a dejar de ser prevenido, pero conozco mis ventajas y voy a tratar de aprovecharlas.

* * *

Dartan se preguntó si habría algún medio de llegar hasta la

Bomba.

Por lo que recordaba, todos los intentos efectuados en el pasado, habían resultado condenados al fracaso. De pronto, se le ocurrió que no estaría de más efectuar una consulta en la Biblioteca Pública.

No había policías en las inmediaciones. Tranquilamente, entró en el edificio, abonó la ínfima suma que se exigía por las fichas que accionaban las máquinas lectoras, y ocupó el puesto que le señalaron en la recepción.

Cada lector se hallaba en una cabina cerrada, aislado de los demás, cómodamente sentado ante una pantalla de unos noventa centímetros de lado. La máquina disponía de un pequeño micrófono, a través del cual se daban las órdenes para que los proyectores enviasen a la pantalla la lectura requerida.

Dartan pidió periódicos de la fecha en que los extraños habían lanzado su terrorífico aviso a la humanidad. Leyó ávidamente las informaciones y así se le pasó el tiempo, sin darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

Una noticia atrajo su atención durante un breve espacio:

> «El profesor Marne y su bella esposa han regresado del Asteroide K-2, en donde han pasado una larga temporada, realizando experimentos científicos de gran relieve y de cuyos resultados no desean hablar por el momento, hasta que no hayan realizado los cálculos pertinentes. Como se recordará, en el K-2 se hallaba instalada la Colonia Penal número 5, en la que se produjo la catástrofe que destruyó por completo los edificios penitenciarios, con la muerte de sus ocupantes. Preguntado el profesor acerca de los motivos de tal catástrofe, dijo que, probablemente, se debió a una repentina elevación de la masa crítica en el material fisible que alimentaba el generador nuclear que proveía de energía eléctrica a la colonia. En todo caso, el profesor y su esposa, Julia, se sentían muy satisfechos de haber escapado sólo por horas a la catástrofe, ya que su campamento se hallaba instalado a escasos kilómetros de la penitenciaría y…»

La información se completaba con fotografías del profesor y de su esposa, una mujer de unos treinta y cinco años, espléndidamente bella en la plenitud de su edad.

La cara de Julia V. Marne pareció vagamente conocida al joven.

—No puede ser —se dijo, tras unos segundos de contemplación de la imagen—; han pasado más de doscientos años desde entonces.

Y siguió adelante con la lectura.

CAPÍTULO VIII

Sentado ante los mandos de la astronave «Elisa E.», Jerry Day, copiloto y navegante, vigilaba distraídamente los instrumentos, en especial el radar, que guiaba la órbita del aparato.

La astronave era un carguero regular que hacía viajes de ida y vuelta entre la Tierra y las colonias terrestres instaladas en la Luna. Todas las astronaves tenían marcadas sus órbitas y ninguna de ellas podía pasar a menos de quinientos kilómetros de distancia de la Bomba.

Day había visto la Bomba más de una vez, pero, como de costumbre, conectó la pantalla telescópica. Le fascinaba aquella enorme esfera de metal, de cuatro mil metros de diámetro, que orbitaba inmutable en torno a la Tierra, vigilando, con su superficie sin ojos, la paz de los hombres.

El objetivo acercó enormemente la esfera. Day lanzó una maldición entre dientes.

Aunque bien mirado, casi debería bendecirla —masculló—. A fin de cuentas, ese artefacto ha evitado las guerras para siempre.

Pero no resultaba agradable tener que depender de un globo que, si estallaba, podía convertir a la Tierra en una pequeña estrella. «Es vivir como Damocles, con una espada sobre la cabeza, suspendida de un cabello», pensó disgustadamente.

La Bomba estaba a unos quinientos kilómetros, según las indicaciones del radar. El telescopio reducía cien veces la distancia, de modo que, virtualmente, Day la contemplaba como si sólo la tuviese a cinco mil metros de distancia.

De repente, vio algo que le causó una gran extrañeza.

Una astronave se acercaba a la Bomba.

—¿Adónde va ese loco? —gritó.

Day recordó viejas historias de tipos arriesgados, que habían querido llegar al corazón de la Bomba. Ninguno lo había conseguido..., ni tampoco ninguno sobrevivió a su intentona.

Day vaciló unos instantes. ¿Debía avisar a su capitán?

La «Elisa E.», debido a su misión específica, era una nave de sólo dos tripulantes. El capitán, la noche anterior, se había metido en juerga en un bar lunar y Day había tenido que llevarlo a la nave poco menos que en brazos. El joven copiloto dudaba mucho de que su capitán estuviese en condiciones de apreciar las imágenes que aparecían en la pantalla.

Por curiosidad, conectó el radar, a fin de calcular la distancia de la nave desconocida a la Bomba. Day creyó que veía visiones.

La imagen de la Bomba aparecía con toda claridad en la pantalla de imagen, pero la nave no daba señal alguna en el radar. Volvió a mirar a través de la pantalla y comprobó la inexorable aproximación de la nave desconocida a la Bomba.

—¡Se va a hacer pedazos! —exclamó en voz alta, sin darse cuenta de que estaba solo en la cabina de mando.

Pero no ocurrió nada de lo que temía. De repente, una compuerta se abrió en la absolutamente lisa superficie de aquella esfera. La compuerta tenía el diámetro suficiente para que la astronave desconocida pudiera pasar a través de ella, sin la menor dificultad.

Unos segundos después, la Bomba había recobrado su aspecto habitual. Y Jerry Day, lleno de perplejidad, se preguntó si no se le habría contagiado a él también la borrachera de su capitán.

* * *

Tengo un recado para usted…, perdón, para Tom Lañe —dijo Pete Uxly.

Dartan mostró extrañeza.

—¿Quién te lo ha dado, Pete? —preguntó.

—Sadie, aquella chica con la que estuviste la otra tarde.

—Ah, vaya, parece que tiene un buen recuerdo de mí —dijo Dartan, sonriendo.

—Eso creo —convino Uxly. Le entregó un papel—. Ahí tienes

su domicilio y número de videófono.

—¿Nada más, Pete?

—Hombre, qué cosas tienes… Si una mujer me da esos datos, el resto se comprende de sobras. Al menos, yo lo entendería como una cita, Tom.

—Es cierto —dijo Dartan, a la vez que guardaba el papel—. Pete, ¿ha venido alguien preguntando por mí, aparte de Sadie, naturalmente?

—No, pero he visto merodear por los alrededores a unos cuantos tipos que no me inspiran la menor confianza. Oye, Tom…, ¿por qué no me dejas en paz? Mira, yo te aprecio bastante; me hiciste algunos favores cuando eras capitán…, pero ahora la cosa se está poniendo muy seria. No me gustaría ir a parar a una Colonia Penal, en algún remoto asteroide, ¿comprendes?

—Entiendo, Pete —contestó Dartan. Era natural que Uxly quisiera tranquilidad—. No te molestaré más ni vendré por aquí.

—Gracias, capit…, digo, Tom. Trata de ponerte en mi lugar; a mí me conviene estar a bien con todo el mundo…

—Ya es suficiente, Pete. Un último favor. ¿Puedo llamar a Sadie, para ver qué quiere?

—Hombre, una cosa así no se le niega a nadie —respondió Uxly.

Dartan buscó una cabina y sacó el papel para marcar el número de Sadie. En los datos que había escritos, figuraba el apellido de la chica: Issux.

Marcó el número y esperó unos segundos. Una voz mecánica dijo:

—Ausente el titular. Deje su mensaje, por favor.

—Sadie, soy Tom Lañe. Iré esta noche, hacia las nueve —habló Dartan ante el micrófono.

Cortó la comunicación y salió de la cabina. Agitó la mano en dirección a Uxly y se encaminó a la calle.

De repente, cuando ya había caminado unos pasos, se detuvo en seco, presa de un súbito presentimiento.

¿Y si la pretendida ausencia de Sadie no era sino una trampa, destinada a conseguir su eliminación?

* * *

Con grandes precauciones, entró en su departamento. Debía recoger algunos objetos personales que no había podido llevarse, debido a lo precipitado de su huida. Por fortuna, no había nadie.

Había terminado de meter las cosas en un maletín cuando, de repente, oyó el zumbador del videófono.

Vaciló un momento. ¿Debía señalar su presencia en la casa?

A fin de cuentas, estaba a punto de marcharse. Aunque la llamada se debiese a una comprobación de los hombres de los SE —seguramente dirigidos por Mollnver, calculó—, no tendrían ya tiempo de ponerle la mano encima.

El que llamaba, era su amigo el psiquiatra. Wendt aparecía sumamente preocupado.

—¿Qué tal, Alex? —saludó Dartan.

—Hola, Pedro —dijo Wendt—. Ya era hora de que te encontrase en casa. Llamé al refugio y Theda me dijo que no habías ido todavía.

—Estoy muy ocupado, Alex. Temo que no voy a poder atenderte...

—Es muy urgente, te lo aseguro. Ven a mi casa, te lo ruego —pidió el psiquiatra.

Dartan consultó su reloj.

—En estos momentos, me es absolutamente imposible —contestó—. ¿No puedes adelantarme algo por el videófono?

—Prefiero hacerlo personalmente, Pedro. Comprendo tu posición, pero no dejes de venir a verme en cuanto puedas. Sea la hora que sea, ¿entiendes?

—Te prometo ir en cuanto me sea posible —aseguró el joven.

Y cortó la comunicación, preguntándose, muy extrañado, por los motivos de la urgencia de su amigo Alex Wendt.

—Tendré que ir, no me queda otro remedio —se dijo.

Pero antes debía acudir a la cita con Sadie.

Media hora más tarde, llamaba a la puerta del departamento de la joven. Sadie en persona acudió a abrirle.

—¡Tom! ¡Qué alegría verte! —exclamó—. Hace unos minutos apenas que he regresado y me encontré con tu mensaje…

Dartan sonrió. Sadie estaba verdaderamente atractiva, cubierto su opulento cuerpo con un peinador de tejido completamente transparente. El pelo, muy largo, caía libre sobre sus espaldas, como una cascada de hilos de cobre.

Complacido, Dartan apreció la casi total ausencia de maquillaje en el rostro de Sadie. Ella le tendió los brazos, haciéndolos emerger de una nube de encajes, pero Dartan contuvo sus ímpetus.

—Aguarda un momento, por favor —pidió.

Sadie le miró extrañada.

Dartan abrió el maletín que había traído consigo y sacó un pequeño aparatito que colocó, adosado por medio de una ventosa, junto a la cerradura. Dio media vuelta a una llave y se irguió, satisfecho, volviéndose hacia Sadie.

—Ahora yo podemos conversar sin temor a interrupciones —dijo alegremente.

—Ah, pero, ¿es que temes que nos interrumpan? —preguntó ella.

—Quizá no, aunque siempre es bueno tomar precauciones, ¿no crees? Imagínate la vuelta repentina de un marido celoso…

Sadie avanzó hacia él y le echó los brazos al cuello.

—Yo no estoy casada —susurró.

Con las manos en su cintura, Dartan la miró fijamente un segundo. «¿A quién me recuerda esta cara?», se preguntó.

Pero no era un problema para ser resuelto en aquel instante. Mientras se inclinaba hacia ella, dijo:

—Celebro que no estés casada, Sadie.

Bastante rato después, se oyeron ruidos extraños en el pasillo. Dartan y Sadie estaban sentados en el diván, estrechamente abrazados.

Ella se irguió, sorprendida.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó con acento de temor.

—Nada de particular —sonrió Dartan—. Anda, vamos a beber otra vez.

Dartan era un hombre atractivo y tenía una sonrisa muy persuasiva. Sadie bebió, ignorando que aquella copa, la tercera o cuarta de la tarde, estaba ya narcotizada.

Un minuto más tarde, se derrumbó sin sentido, en los brazos del joven. Dartan la depositó con todo cuidado en el diván y se puso en pie.

Lo primero que hizo fue abrir la puerta del departamento y entrar a rastras a los dos tipos que yacían en el corredor, dormidos como leños, por el gas que había brotado a través de la cerradura, cuando quisieron pasar subrepticiamente en el piso. Los dejó en el suelo, sin ocuparse más de ellos; su sueño duraría, como el de Sadie, tres o cuatro horas más.

A continuación, practicó un registro a fondo en el piso, pero no encontró nada de particular. Sadie era lo que pretendía aparentar.

—O lo disimula muy bien —se dijo, contemplándola, apaciblemente dormida en el diván, con los brazos sobre el pecho.

Era muy hermosa y aquella cara seguía pareciéndole conocida. ¿Dónde la había visto antes de aquel momento?

Puesto que era una pregunta para la cual no encontraba respuesta en aquellos instantes, decidió que lo mejor era ir a casa de su amigo el psiquiatra.

Hacía ya mucho rato que había pasado la media noche, pero el doctor Wendt le había dicho que fuese a verle, a cualquier hora del día o de la noche.

CAPÍTULO IX

Wendt parecía muy agitado... «Trastornado», se dijo Dartan para sí.

—No sabes cuánto me alegro de verte —dijo el psiquiatra, apenas abrió la puerta—. Todavía no me he acostado..., no podría dormir, te lo aseguro.

Dartan se alarmó al ver el aspecto de su amigo.

—Pero, ¿qué te ocurre, Alex? ¿Es algo grave? —inquirió.

Wendt hizo gestos con las manos.

—No hagas ruido, por favor. Mary y los niños duermen... Ella cree que yo estoy estudiando las observaciones de algunos de mis pacientes... y, en realidad, así es. Por lo menos, de uno de ellos. Tienes que escucharme, Pedro, y después de que yo haya hablado, convendrás conmigo en que jamás has oído nada semejante...

—Está bien, Alex —dijo el joven—, pero te veo muy nervioso y conviene que te serenes. Una copa te sentará bien, créeme.

El aparador con los licores estaba cerca y Dartan llenó dos copas, una de las cuales entregó a su amigo. Wendt la despachó de un solo trago. Luego le dirigió una mirada casi plañidera.

—Ha sido un cliente inesperado —dijo—. Nunca le había visto hasta hoy. Se llama..., bueno, el nombre es lo de menos, aunque luego te lo diré. Vino a visitarme, diciéndome que estaba harto de la vida. Esto, en un principio, podría diagnosticarse como tendencia al suicidio..., pero después de lo que me dijo, comprendí que era muy natural que un hombre que nació hace unos doscientos cincuenta años esté más que cansado de vivir.

Dartan se quedó con la boca abierta.

—Alex, ¿he oído bien? —exclamó.

—No retiro un solo minuto de esos dos siglos y medio —contestó el psiquiatra—. En un principio, como puedes comprender, me pareció un maniático, pero cuando lo sometí a hipnosis profunda, de modo que ni el más pequeño rincón de su subconsciente escapase a

mi investigación, tuve que admitir la verdad. Es cierto, Pedro, ¡ese hombre nació hace doscientos cincuenta años!

Dartan comprendió que ahora ya no cabía dudar de las palabras de su amigo.

—Un hombre que lleva viviendo dos siglos y medio… El promedio de la vida humana, hoy día, y en las mejores condiciones, es de ciento diez años —manifestó.

—Exacto. Y mi paciente, por tanto, ha vivido ya mucho más del doble de cualquier persona normal.

—Bueno, pero, ¿cómo ha podido conseguir ese milagro? —quiso saber Dartan.

—En Ormeson, Pedro. Por eso te he llamado. Ahora ya lo comprendes, ¿no?

Dartan sintió que necesitaba otra copa. Wendt quiso repetir también.

—¿Qué hacen en Ormeson? —preguntó el joven, después de un buen trago—. ¿Algún procedimiento especial de rejuvenecimiento corporal?

—No lo sé —respondió Wendt—. Pese a la hipnosis, sólo he podido averiguar lo de Ormeson. Allí es donde le rejuvenecen… o le prolongan la vida, como quieras decirlo.

—Es decir, que ni siquiera con la hipnosis has podido sonsacarle lo que hacen en Ormeson para mantenerle vivo después de doscientos cincuenta años. ¿Por qué, Alex?

—Bloqueo psíquico de un sector de su memoria, supongo —especuló el psiquiatra—. Estimo que, por algún procedimiento nuevo, desconocido, desde luego, se mantiene el secreto de lo que pasa en Ormeson, naturalmente, a fin de evitar defecciones…

Dartan levantó las cejas.

—¿Has dicho defecciones, Alex? —inquirió—. Eso significa que no es él el único en su caso.

—Por supuesto. Hay más, aunque no me ha dicho el número, ni siquiera aproximado. No obstante, yo he conseguido deducir dos cosas: una, es una cifra pequeña; dos: todos los que se encuentran en el mismo caso, están situados en puestos muy altos.

—Me siento aterrado —dijo Dartan, porque acababa de ocurrírsele una idea espantosa. El mundo estaba gobernado por una élite de personas de edad muy avanzada, aunque con aspecto casi juvenil.

Wendt callaba, como esperando la reacción de su amigo. Dartan le miró inquisitivamente.

—Bien, ¿y qué pretendes que haga yo ahora? —preguntó.

—No lo sé —dijo el psiquiatra—. Pero se me ocurrió que debías saberlo. A fin de cuentas, ¿no es allí donde internaron a esa chica?

—Efectivamente —admitió Dartan—. No te preocupes, Alex, algo haré..., aunque por el momento no se me ocurre ninguna solución. Ahora sólo te falta darme el nombre de esa persona que se siente ya fatigada de la vida. Supongo que le habrás persuadido para que siga creyendo que vivir es hermoso.

—Desde luego —admitió Wendt—. Se llama Morbihr Sfanl y es secretario mundial de Transportes.

* * *

La casa estaba vacía. Dartan sintió una especie de sobresalto al no recibir contestación a sus llamadas.

Registró las habitaciones. Había ropas en el dormitorio. Se asomó a la ventana y vio una sombra blanca moviéndose en las aguas de la piscina.

La cabeza de Theda asomó fuera del agua. Dartan lanzó un tremendo silbido.

—¡Eh, que estoy aquí! —gritó, desde el piso superior.

Theda agitó un brazo de mórbida blancura.

—Aguarda un momento, salgo en seguida... Oye, ¿no puedes traerme una toalla? La olvidé cuando vine a nadar...

—Está bien, ahora mismo te la llevo.

Dartan salió por la puerta posterior y se acercó a la piscina.

Theda le sonrió desde el borde, con la barbilla muy cerca del agua.

—Deja la toalla ahí y date la vuelta —pidió, sonriendo—. No llevo nada encima.

—Ya comprendo —sonrió él—. Pondré la cafetera al fuego, mientras te arreglas.

—Buena idea —aprobó la muchacha.

Minutos después, Theda, ya arreglada, entraba en la cocina.

—Has estado demasiado tiempo sin dar señales de vida —le reprochó.

—Lo siento, he tenido trabajo. Me he movido mucho más de lo que tú piensas.

—Puedes hablar, mientras yo termino de preparar el café —indicó ella—. Presiento que voy a escuchar cosas muy interesantes.

—No te falta razón —convino él, con la sonrisa en los labios.

Dartan habló durante largo rato. Al terminar, Theda se sintió sumamente inquieta.

—Pedro, ¿acaso estamos gobernados por una cuadrilla de personas que viven desde finales del siglo XXI? —preguntó.

—Tal como se presentan las cosas, no me extrañaría en absoluto. Pero vamos al salón; allí estaremos más cómodos.

—Sí, es mejor.

Theda se sentó en el diván y cruzó las piernas. Dartan, preocupado, se paseaba arriba y abajo.

—Hay una cosa que no logro entender —dijo ella—. Mejor dicho, dos.

—¿Cuáles son? —preguntó él.

—La primera, no comprendo la relación que puede tener el descubrimiento de tu amigo con la muerte del profesor. La segunda es: ¿cómo logran vivir tanto tiempo? Porque una cosa es segura, Pedro; no son los mismos, al menos en sus fisonomías, que nacieron a finales del siglo XXI.

—Tratas de decirme que han cambiado su aspecto físico, ¿no es

así?

—Óyeme bien, Pedro; ahora, la gente vive muchísimo. El promedio es de unos ciento diez años, pero los casos de personas que llegan hasta los ciento cuarenta y aun más, no son extraordinarios. Pero todas esas personas, podría decirse, están controladas. Tú mismo has dicho que el secretario mundial de Transportes nació en...

—En dos mil noventa y uno, exactamente.

—Bien, puesto que parece ser cierto, yo opino que, cuando se le nombró para el cargo, alguien debería haber mencionado el dato. No se dijo nada de esto; es más, yo recuerdo vagamente haber visto alguna fotografía suya, y al menos en apariencia, tiene unos cincuenta años. ¿De dónde saca los doscientos más que asegura tener?

—Parece ser que ese procedimiento de prolongación de la existencia se realiza en Ormeson, aunque no sabría decirte nada más. Alex Wendt tampoco lo sabe.

—¿Ha dicho Sfanl que ha de volver a visitar a tu amigo?

—No lo sé. Mira, no se me ha ocurrido preguntárselo...

Theda señaló el videófono.

—Hazlo ahora mismo —dijo imperativamente.

Dartan se acercó al aparato. Mientras, Theda se levantó y conectó el televisor.

Pasaron unos minutos. Dartan dejó de hablar con su amigo y se volvió hacia la muchacha.

—Alex dice que Sfanl quedó en visitarle por segunda vez, aunque no concretaron la fecha —informó.

—Será conveniente estar en casa de tu amigo, aunque sea ocultos tras las cortinas —sonrió Theda.

—No está mal pensado —sonrió Dartan.

En aquel momento, la emisión televisada se suspendió.

Un locutor con cara de circunstancias, apareció en la pantalla.

—Queridos televidentes —dijo—. A nuestros estudios acaba de llegar una noticia que nos llena de consternación, por lo trágico de su contenido. Hace escasos minutos que el honorable secretario de

Transportes, Morbihr Sfanl, atacado sin duda de una depresión nerviosa, se arrojó a la calle desde la ventana de su departamento...

Dartan y Theda intercambiaron una mirada. Los dos, en silencio, sin decirse nada, se comunicaban la misma noticia.

¡Morbihr Sfanl había sido asesinado!

* * *

El robot recepcionista, con figura de mujer y ataviado con cofia y bata blanca, porque así daba más confianza a los clientes, introdujo al visitante en el despacho del psiquiatra.

—Doctor Wendt —dijo el visitante.

Wendt hizo un cortés gesto de asentimiento, mientras contemplaba al tétrico individuo que tenía frente a sí.

—¿En qué puedo servirle, caballero? —preguntó.

—Soy el teniente Mollnver, de los Servicios Especiales de la Unipol. —Una tarjeta de forma peculiar apareció en las manos del policía—. Es una visita oficial; espero sepa disculpar las molestias que ello pueda ocasionarle, doctor.

—Por supuesto, teniente. ¿De qué se trata?

—Tenemos noticias de que hace un par de días recibió usted la visita del secretario mundial de Transportes. ¿Me equivoco?

—Es cierto, teniente, pero...

—Parece ser que el honorable Morbihr Sfanl sufría una fuerte depresión desde hace algún tiempo, dolencia que le impulsó al suicidio.

—Sí, más o menos, eso es lo que deduje yo de nuestra entrevista, teniente.

—Es una verdadera lástima —dijo Mollnver—. Sfanl era toda una personalidad.

—Lo sé. A mí me ha apenado mucho su muerte. Creí haber hecho lo suficiente para contener sus tendencias autoagresivas...

—Lamentamos infinito que sus esfuerzos no se vieran coronados por, el éxito, doctor. Por supuesto, no mencionará a nadie la entrevista sostenida con el señor Sfanl.

Wendt sonrió.

—Hay algo que se llama secreto profesional —contestó—. Ni siquiera a usted le repetiría lo que hablamos.

—Me lo imagino. Por casualidad, ¿citó Ormeson?

—En absoluto —respondió Wendt tajantemente—. ¿Por qué había de mencionar esa clínica?

—Era, más bien, una pregunta exploratoria, doctor —dijo Mollnver, con una sonrisa en su cadavérico rostro, que parecía la de la muerte—. Gracias por sus informes, doctor.

—A su disposición, teniente.

Mollnver hizo un gesto con la cabeza.

—Así pues, podemos contar con su discreción, doctor —dijo.

—Puede usted irse con toda tranquilidad, teniente —respondió Wendt con la mejor de sus sonrisas.

—Gracias, doctor, no esperaba menos de usted.

Mollnver se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir,se volvió hacia el psiquiatra.

—Doctor, tengo entendido que es usted muy amigo del capitán Dartan, de la Unipol —dijo.

—¿Pedro Dartan? Oh, sí, claro, desde luego, somos muy amigos. Pero hace ya bastante tiempo que no le veo. No tengo la menor idea de dónde pueda hallarse en estos momentos, teniente.

—Una vez más, gracias, doctor.

Wendt se quedó solo. Sacó un pañuelo y se limpió el sudor que cubría su frente.

«Una serpiente con "carnet" de oficial de la Unipol», calificó mentalmente.

CAPÍTULO X

—El problema es entrar en Ormeson y averiguar cómo mantienen la longevidad de ciertas personas y qué personas son las sometidas a ese tratamiento —dijo Dartan.

—Nos costará muchísimo, si es que lo conseguimos —apuntó Theda.

—Has dicho «nos», creo.

Theda sonrió.

—Exactamente, Pedro. Empiezo a cansarme ya de esta inactividad. Quiero ir contigo y espero no me lo impidas —respondió.

—Bueno, tal vez así logremos una mejor solución para ese problema —dijo él—. ¿Por dónde te parece que empecemos?

Theda reflexionó un momento.

—Yo creo que deberíamos empezar por conocer los antecedentes de Morbihr Sfanl —respondió al cabo—. Hay un registro central de nacimientos, Pedro.

—No está mal —aprobó Dartan—. Y empezaremos ahora mismo. ¿Cuándo estarás lista para la marcha?

—En cuanto me cambie de ropa —contestó la muchacha—. Diez minutos solamente.

—Muy bien, pero ni uno más, Theda.

—Seré puntual, Pedro —prometió ella.

Dartan esperó en la sala. Unos minutos después, antes de que Theda hubiera terminado, sonó el zumbador del videófono.

Era Wendt. Dartan contempló el rostro de su amigo, que parecía profundamente preocupado.

—Pedro, ven a verme inmediatamente —pidió el psiquiatra.

—¿Sucede algo, Alex? —preguntó Dartan.

—Te lo diré en persona. Lo prefiero así, si no te importa.

—Desde luego, Alex...

Dartan se interrumpió un segundo.

La imagen de la pantalla carecía del brillo habitual. La falta de tonalidad era apenas perceptible; sólo un hombre como él, entrenado en determinados aspectos, podía advertirlo.

Aquella falta de brillo sólo podía obedecer a una cosa y Dartan lo adivinó en el acto.

—Está bien, Alex: iré en seguida —concluyó su frase.

Y cortó la comunicación.

Theda bajó poco después. Se había puesto un traje de una sola pieza, de color azul oscuro, que moldeaba a la perfección las estatuarias líneas de su anatomía. A Dartan le pareció encantadora, aunque en aquellos momentos no estaba para admirar la belleza de la muchacha.

—Diez minutos —sonrió ella—. Por cierto, me pareció que hablabas por el videófono....

—Es cierto. Hablaba con mi amigo, el doctor Wendt.

—¿Algo de particular, Pedro?

—Sí, Alex quiere que vaya a verle inmediatamente. Pero no iré.

Theda le miró extrañada.

—¿Por qué no? Puede resultar interesante...

—No lo dudo, pero también muy arriesgado. Su línea está intervenida, Theda.

—Increíble. ¿Cómo lo has sabido, Pedro?

—Cuando se interviene un videófono, para control policial, la imagen pierde algo de brillo, muy poco. Los no iniciados no lo advierten, pero a nosotros nos entrenan en este aspecto. Como en otros muchos, desde luego.

—Entonces, ¿cuándo iremos?

—No lo sé. Ya pensaré algo al respecto. Ahora, lo primero es averiguar algo acerca de Morbihr Sfanl.

Abandonaron la casa. El gravimóvil, que pertenecía a Wendt, se hallaba estacionado a unos pasos de distancia, en un lugar adecuado para ello.

Subieron al aparato. Apenas se habían elevado unos metros, algo que parecía un chorro de fuego cayó de lo alto y dio de lleno en la casa.

Theda lanzó un grito. Dartan dio toda la potencia al aparato, elevándose a enorme velocidad.

La casa se convirtió instantáneamente en una masa de llamas, sin apenas ruido. Dartan escorzó la cabeza y pudo ver a un gravimóvil de color oscuro situado directamente sobre el foco del incendio.

La muchacha estaba terriblemente asustada.

—¿Qué ha sido eso, Pedro? —preguntó.

—Una descarga térmica de alta energía —explicó él—. No hay duda; alguien escuchó mi conversación con Alex y esos cinco o diez minutos que tardamos en abandonar la casa fueron suficientes para que llegase un aparato enviado por... Me gustaría saber quién lo envió —masculló, irritado, a la vez que pensaba en el teniente Mollnver.

—Pero a nosotros no nos afectó. ¿Es que no nos vieron?

—Se guiaron por radar y no se preocuparon de otra cosa que de incendiar el objetivo, creyéndonos dentro. El dispositivo antidetección de mi aparato está conectado permanentemente. Es algo prohibido..., pero, ¿no estamos viviendo tú y yo en la ilegalidad?

Theda suspiró, a la vez que se echaba hacia atrás en el asiento.

—Pedro, ¿es cierto que también las mujeres son enviadas a las colonias penales de los asteroides? —preguntó.

—Rigurosamente cierto —confirmó él.

* * *

La investigación en el control central de registro de nacimientos no había dado resultado. La vida de Morbihr Sfanl no ofrecía nada de particular, salvo lo referente a las actividades políticas que le habían llevado al cargo que ocupaba en el momento de su

muerte.

Dartan y Theda abandonaron el edificio, perplejos y desorientados, sin saber qué hacer.

—Sí, lo sé —dijo él, furioso—, pero, ¿quién diablos entra en Ormeson para investigar?

De pronto, Dartan vio a un individuo que caminaba haciendo eses.

—Yo voy a ir a la Bomba..., yo voy a ir a la Bomba... —canturreaba el beodo—. Allí se entra y se sale como Pedro por su casa..., hay chicas muy guapas...

Dartan se detuvo en seco.

—¡Demonio, Jerry, la has pescado buena! ——exclamó.

El borracho le miró con ojos turbios.

—Eres... eres... Pedro Dartan..., y el otro es tu hermano gemelo..., y vais con dos chicas que también son gemelas...

Dartan sonrió comprensivamente, a la vez que cambiaba una mirada con la muchacha.

—Theda, tenemos que llevarlo a su casa —dijo—. Vive cerca, no nos costará mucho.

—Está bien, Pedro —accedió ella.

—Ven, Jerry, te acompañaremos hasta tu casa. Necesitas dormir; estás muy cansado.

Jerry Day se dejó llevar dócilmente.

—Yo sueño... —dijo, casi llorando—. He visto terribles visiones... Las astronaves entran y salen fácilmente de la Bomba... Y luego dicen que nadie puede acercarse a ese maldito arte...artefacto...

Dartan frunció el ceño. A Theda le intrigaron mucho las palabras del borracho.

—¿Qué dice tu amigo, Pedro? —preguntó.

—No tardaremos mucho en saberlo —respondió Dartan—. Algo ha visto y, no cabe duda, se refiere a la Bomba. Resultará interesante hablar con él, cuando se le hayan disipado los efectos del

alcohol.

Diez minutos más tarde, Jerry Day chillaba y maldecía, sostenido bajo la ducha por las fuertes manos de Dartan. Mientras tanto, Theda, en la cocina, preparaba café en abundancia.

Al cabo de un buen rato, Day, abatido, pero notablemente despejado, llegó a la sala, donde Theda aguardaba ya con la cafetera a punto. Dartan apareció tras el astronauta.

—Beba, Jerry —dijo la muchacha sonriendo—. Lo necesita.

Day tomó unos cuantos sorbos de café.

—Podría cortarse con un cuchillo —gruñó.

—Eso significa que lo hago bien —dijo Theda.

—Nunca lo había probado tan bueno —confesó el astronauta —. Oye, Pedro, vaya una casualidad...

—Sí, una curiosa coincidencia; sobre todo, porque tú estabas diciendo algo acerca de la Bomba... Tengo entendido que estás en una línea regular de carga, ¿no es así?

—Así es, Pedro, y puedes creerme si te digo que he visto lo que ningún ser humano ha visto hasta ahora.

Day se había serenado ya, de modo que no cabía dudar de sus palabras. Tanto Dartan como Theda se quedaron atónitos al saber que había, por lo menos, una nave que podía penetrar en la Bomba.

—Pero el radar no lo registró —exclamó Theda, cuando Day hubo terminado su relato.

—Recuerda lo que nos pasó esta tarde, en la casa de Alex — dijo Pedro——. La nave que entró en la Bomba, indudablemente, llevaba conectado el dispositivo antirradar. ¿No es así, Jerry?

Day asintió pesadamente. Estaba sereno, pero aún se sentía torpe.

—Por eso me emborraché —dijo con acento afligido—. Tantos años diciéndonos que nadie puede acercarse a aquella maldita bola..., y ahora hay quien lo hace con la mayor tranquilidad del mundo...

Dartan reflexionó unos momentos.

—Jerry, cuando una astronave zarpa de la superficie del

planeta, se toman sus datos y se le fija una órbita de antemano —dijo.

—Claro, hay un control riguroso de todos los vuelos, cualquiera que sea su destino. De lo contrario, se produciría un caos, Pedro.

—Muy bien, pero esa nave, puesto que se dirigía a la Bomba, y penetró en su interior, no podía tener registrado su vuelo. Era un viaje, digamos, de contrabando, ¿no es así?

—Hombre, parece lógico —admitió el astronauta.

—Tú conoces a mucha gente. ¿No podrías hacer investigaciones, discretamente, por supuesto, acerca del lugar donde despegó esa nave?

—No será fácil, Pedro —objetó Day.

—Tú recuerdas la hora de llegada a la Bomba. Con ese dato, más la velocidad y el lugar de donde está la compuerta de acceso, ¿no tienes base suficiente para empezar a husmear por ahí?

—Probaré, Pedro, aunque no te aseguro nada...

—Inténtalo —sonrió Dartan—. Tú tienes buenas amistades; conoces a mucha gente.

Miró a la muchacha.

—Esperaremos aquí hasta que sea hora de ir a ver a mi amigo Alex —decidió.

Theda contestó afirmativamente. Luego, al mirar a su alrededor, vio un estante en el que había numerosos libros.

Curiosa, repasó algunos títulos. De pronto, vio uno que llamó especialmente su atención:

«Yo, director de Colonia Penal

en el asteroide K-2.»

—Caramba, un libro raro —comentó—. Y está escrito por un tal Jeremy Day...

—Era mi antepasado —explicó el astronauta—. Se trata de un

libro escrito hace muchos años; posiblemente sea uno de los pocos ejemplares que quedan en este mundo.

—Lo hojearé, si no tienes inconveniente, Jerry —dijo la muchacha.

—Está usted en su casa, Theda.

Las horas transcurrieron lentamente. Day dormitaba en un sillón. Theda seguía abstraída en la lectura del libro, que encontraba fascinante.

Dartan se acercó a ella.

—Parece que te gusta mucho —observó.

—Bastante. Relata cosas curiosísimas…, y hay muchas fotografías.

Pedro Dartan estaba en pie y pudo ver una de las láminas del libro, editado, según parecía, unos doscientos años antes.

En aquella lámina había varias personas retratadas. Dos de ellas le resultaron conocidas. Eran el profesor Mame y su esposa, Julia.

La cara de Julia Mame le chocó bastante.

—¿Dónde la he visto yo, antes de ahora? —se preguntó.

Pero ya había llegado el momento de acudir a la cita con su amigo el psiquiatra.

—Vámonos, Theda —dijo.

La muchacha cerró el libro, que devolvió a su sitio, y se puso en pie.

—Estoy dispuesta —contestó.

CAPÍTULO XI

Dartan extendió el brazo. Theda se detuvo en el acto.

—¿Qué sucede? —preguntó, muy bajo.

—Hay alguien vigilando la casa de Alex —contestó él en el mismo tono.

Theda dejó escapar una exclamación. Dartan sonrió amargamente.

—¿Qué esperabas? —murmuró.

—Pero entonces, no podremos entrar…

—Quédate aquí y no te muevas —ordenó Dartan.

La calle, una avenida amplia y espaciosa, se hallaba desierta, aunque brillantemente iluminada. Junto a una de las esquinas, en la sombra de un portal, se divisaba un hombre parado.

Dartan rodeó la manzana y se acercó al vigilante por detrás. Un golpe seco, bajo la oreja derecha, fue suficiente para derribarlo sin sentido.

Se agachó y le quitó el transmisor portátil individual. Era de un modelo especial y él tenía uno idéntico.

Acto seguido, atravesó corriendo la calle y llamó a la puerta de la casa de Wendt. El psiquiatra apareció a los pocos momentos.

—¡Por fin, Pedro! Ya tenía ganas de…

Dartan no le dejó seguir hablando.

—Toma —dijo, entregándole el transmisor—. Te llamaré dentro de treinta minutos exactamente. Ahora no puedo quedarme; resultaría peligroso.

El psiquiatra hizo un gesto de aquiescencia, como dando a entender que comprendía las razones de su amigo. Dartan dio media vuelta y regresó corriendo al lugar donde Theda le aguardaba llena de ansiedad.

—¿Lo has conseguido? —preguntó la muchacha.

—Sí, vámonos de aquí, rápido.

Con las manos juntas, echaron a correr hacia el gravimóvil. Momentos después, se hallaban a suficiente distancia como para no temer nada de los hombres de los Servicios Especiales.

A la hora señalada y en lugar seguro, Dartan llamó a su amigo:

—¿Me oyes, Alex?

—Sí, perfectamente —respondió el psiquiatra—. Pero, ¿qué sucede? ¿Por qué no te has quedado en mi casa, Pedro?

—Está constantemente vigilada, Alex. Además, tienes intervenido el videófono.

—¡Rayos! —juró Wendt.

—Lo que te digo es la verdad, Alex...

—No, no, si no dudo de tu palabra, Pedro. Sobre todo, después de la visita que he recibido esta tarde.

—¿Quién era, Alex?

—Un tal Mollnver, de los Servicios Especiales de la Unipol. Me ha ordenado guarde absoluto silencio acerca de la visita profesional que me hizo Morbihr Sfanl.

—No me extraña en absoluto. Ahora, más que nunca, estoy convencido de que Sfanl fue asesinado —dijo Dartan.

—Yo también lo pienso así —concordó el psiquiatra—. Aunque, me parece tan fuerte...

—Pero es la pura verdad, Alex. Ignoro qué clase de sistema tienen montado «ellos», y los llamo así, porque no sabría definirlos con otra palabra. Una cosa es cierta: la depresión de Sfanl podía poner en peligro ese sistema y lo defenestraron, achacando luego su muerte a suicidio.

—Comprendo —dijo Wendt.

—Ahora quiero hacerte una pregunta, Alex. ¿De qué modo podría yo entrar en Ormeson? No para cinco minutos, como la otra vez, claro, sino para bastante más tiempo, unas cuantas horas...

Wendt lanzó un suspiro.

—Pedro, precisamente me pides lo único en que no puedo ayudarte —contestó—. Me gustaría hacer algo por ti, pero en este caso tendrás que arreglártelas como puedas.

—Sí, ya veo. De todas formas, muchas gracias, Alex. Te veré otro día.

—Adiós, Pedro.

Dartan cerró la comunicación y miró a la muchacha.

—No sé cómo me las voy a arreglar para entrar en Ormeson, pero lo haré... ¡Calla! —exclamó de repente—. Tal vez encuentre quien me ayude.

—¿Puedo saber su nombre? —preguntó Theda.

Dartan sonrió enigmáticamente.

—No la conoces —contestó, cosa que, sin saber por qué, irritó un poco a Theda.

—Bueno —dijo ella poco después—, ahora tenemos el problema de nuestro alojamiento...

—Está resuelto. ¿O no te acuerdas ya de la casa de Jerry Day?

* * *

La voz de Dartan brotó a través del altoparlante:

—Está resuello. ¿O no te acuerdas ya de Jerry Day?

El vicedirector de la Unipol, Karl Throgton, alargó una mano y tocó una tecla. Las voces de Dartan y Theda, que continuaban hablando, dejaron de sonar en la habitación.

—Un aparatito magnífico —comentó Throgton—. Dartan cree haber cortado la comunicación, pero el emisor sigue en funcionamiento.

Mollnver sonrió.

—Tuvo usted una buena idea al dárselo al vigilante de la casa

del psiquiatra, señor —elogió servilmente.

—Sí, pude darme cuenta de que Dartan había advertido que el videófono de Wendt estaba intervenido. Entonces calculé dos posibilidades o bien hablaba con el psiquiatra en su casa, y ya tenemos allí micrófonos de sobra, o atacaba al vigilante, para quitarle su transmisor, ya que él tiene uno. Sucedió lo segundo.

—En realidad, no han dicho cosa de gran importancia, señor —opinó Mollnver.

—Hasta cierto punto —dijo Throgton—. Ahora ya podemos localizar a la chica, mejor dicho, la tenemos localizada en cualquier momento. Y en cuanto a él, conocemos sus propósitos.

—Llegar a Ormeson, pero no lo conseguirá, naturalmente.

—Tal vez —sonrió el vicedirector—. Podría resultarnos conveniente.

Mollnver puso cara de extrañeza.

—No entiendo, señor —dijo.

—Lo sabrá a su debido tiempo —respondió Throgton—. De momento, usted se ocupará de que la casa de ese tal Jerry Day esté constantemente vigilada. A propósito, ¿quién es Jerry Day?

—No lo sé, pero lo averiguaré, señor —contestó el oficial.

—Informe apenas sepa algo, Mollnver.

—Sí, señor. Así pues, por ahora sólo es preciso vigilar a la chica...

—Sólo eso, teniente. Le encarezco no perderla de vista un solo momento..., y por el propio bien de usted, espero no cometa errores. No sea como Shard; su imprevisión no sólo le costó la vida, sino algo infinitamente mejor todavía.

—No comprendo, general...

Throgton sonrió con fingida benevolencia.

—Si se porta usted bien, si obedece puntualmente todas las órdenes que se le den, si muestra, además de competencia, iniciativa..., ascenderá rápidamente y un día entrará en el grupo de los elegidos.

Mollnver se esponjó.

—Haré todo lo que pueda por llegar a ese grupo, señor —dijo, soñando ya con un porvenir de color de rosa—. Pero, me acosa una duda...

—¿Sí, teniente?

—Se trata de Dartan, señor. ¿Qué haremos si intenta entrar en Ormeson?

—De ese asunto se encargará especialmente otra persona, teniente —respondió Throgton.

* * *

Sadie abrió la puerta, ligeramente sofocada, y dirigió a su visitante una cálida sonrisa.

—Entra, querido —dijo—. Acabo de llegar y he encontrado tu mensaje en la grabadora...

Dartan permaneció callado. Aquel rostro... «¡Julia Marne!», pensó, con un grito mental.

—¿Qué te sucede? —preguntó Sadie, extrañada.

—Oh, nada —Dartan se echó a reír—. Eres tan hermosa, que cada vez que te veo, me quedo sin habla.

—Adulador —dijo Sadie, visiblemente halagada. Se colgó de su brazo y lo empujó hacia el interior—. Ven, tomaremos una copa juntos —invitó.

—Será un placer —aseguró el joven.

Sadie llenó las copas y le entregó una.

—¿Cuánto tiempo vas a perder conmigo? —preguntó incitantemente.

—Sadie, contigo no se pierde nunca el tiempo —repuso él.

—Pero, a veces, lo parece. Te marchas sin avisar...

—Dormías tan bien, que me pareció pecado despertarte —dijo

Dartan.

Sadie no había mencionado a los dos espías de Mollnver. Seguramente, despertaron antes que ella y se marcharon del piso.

—Me hubiera gustado verle a mi lado al despertar —aseguró Sadie—. Pero ahora estás aquí y te quedarás conmigo.

—Con una condición.

—¿Tendré que aceptarla?

—Seguramente. Quizá te parezca que pido algo muy raro—, pero me gustaría entrar en Ormeson, ya sabes, esa famosa clínica psiquiátrica...

—La he oído nombrar, aunque, de momento, no recuerdo quién podría ayudarnos. Eh, ¿para qué quieres entrar allí? —exclamó Sadie repentinamente.

—Si no te importa, preferiría reservarme los motivos.

—Oh, por supuesto. Pedro, tendrás que concederme algún tiempo.

—No te preocupes. Tómate todo el que necesites, pero ni un minuto más.

Sadie dejó la copa a un lado.

—Muy bien —dijo—. Y ahora, Pedro, ¿por qué no nos ocupamos exclusivamente de nosotros mismos?

Dartan sonrió mientras la abrazaba. Estaba seguro que, de un modo u otro, Sadie tenía algo que ver con los asesinos de Kutznin. Tal vez fuese sólo una confidente sin importancia..., pero si comunicaba a alguien sus deseos de entrar en Ormeson, el receptor del informe sí se preocuparía de permitirle el acceso a la clínica.

* * *

La máquina de escribir secreta tecleó:

«Theda Conroy debe ser capturada

discretamente y conducida de nuevo a la clínica Ormeson.»

Los ojos de Throgton leyeron el mensaje, una vez descifrado de manera automática por otra máquina. Al terminar la lectura, presionó una tecla.

—Habla el teniente Mollnver —sonó una voz—. Todo en orden en casa de jerry Day. Ella sigue allí. El ocupante del piso ha desaparecido. Es copiloto de la astronave de carga «Elisa E.»...

—No siga, teniente —dijo Throgton—. Arreste a Theda y condúzcala a la clínica Ormeson. Actúe con la máxima discreción, por supuesto.

—Sí, señor.

Throgton se quedó pensativo tras haber hablado con el oficial. Las cosas estaban complicándose innecesariamente.

Si de él hubiera dependido, aquel asunto se habría cortado de raíz desde el principio, por cualquier medio.

—Pero cuando las mujeres empiezan a entrometerse en los asuntos de los hombres...

Tal vez no lo sabía, pero, en ciertos aspectos, Throgton era un retrógrado.

—Ella es la que mangonea todo. Él no es sino un pomposo maniquí, lleno de viento y con cuatro discursos políticos bien grabados en su estúpida sesera —masculló.

* * *

—Estás muy nervioso, Pedro —observó Theda.

—Tengo motivos para ello —respondió el joven, que no dejaba de pasearse—. Dos motivos, sobre todo.

—¿Puedo conocerlos?

—Sí. Primero, no tenemos noticias de Jerry. Ni siquiera ha dado señales de vida. Tal vez ha vuelto a emborracharse; estos

astronautas, cuando se encuentran en tierra firme, son terribles.

—Espero que no haya sido así —se estremeció la muchacha—. ¿Cuál es el otro motivo?

—La muerte de Kutznin. Aparentemente, sólo tú y yo conocíamos el resultado de sus observaciones; pero si murió fue, precisamente, porque alguien más lo sabía. ¿Quién es esa persona?

Theda se había quedado pensativa. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Creo recordar... Sí, pocos días antes de su muerte, recibió la visita de un reputado científico, amigo suyo. Sé que el profesor se puso muy contento y luego, cuando su visitante se hubo marchado, me dijo que el camino para exponer sus tesis al Gran Consejo Científico sería allanado fácilmente.

Dartan chasqueó los dedos.

—¡Ya está! —dijo—. Ese es el traidor, Theda.

—¡Pero es imposible! —exclamó la muchacha—. El doctor Kiv-Ut no podría en modo alguno...

Theda se interrumpió bruscamente. Su cara expresaba consternación.

—¿Fue él? —dijo con acento plañidero.

—¿Ocupa Kiv-Ut algún cargo oficial? —preguntó Dartan.

—Es uno de los componentes del Gran Consejo Científico. El vicepresidente, creo.

Dartan se dirigió hacia la puerta.

—Voy a verle —dijo resueltamente—. Toma nota de cualquier mensaje que puedan enviarme. Lo más seguro es que lo haga una tal Sadie Issux.

—¿Es guapa? —preguntó Theda ingenuamente.

Dartan se echó a reír.

—Menos que tú —contestó.

—Sí, y a ella le dirás lo mismo —manifestó Theda, otra vez irritada y de nuevo sin conocer las razones de tal irritación.

Pero Dartan ya había salido de la casa y no oyó aquellas palabras.

* * *

El doctor Kiv-Ut era un sujeto de mediana estatura, sesenta años de edad aparente y rostro oliváceo. Tenía los ojos menudos y perspicaces, en apariencia, los de un agudo observador, pero a Dartan le parecieron los de un zorro con figura humana.

—Dartan —murmuró Kiv-Ut, cuando el joven se hubo presentado—. ¿Dónde he oído yo ese nombre antes de ahora?

—No nos hemos conocido hasta hoy —sonrió el joven—. En todo caso, es un detalle sin importancia.

—Sí, claro. Y, dígame, ¿en qué puedo servirle, señor Dartan?

—Deseo hacerle unas preguntas... Usted visitó al profesor Kutznin pocos días antes de su muerte.

—Es cierto. Estuvimos hablando largo rato y fue una conversación sumamente fructuosa —contestó Kiv-Ut.

—¿Le comunicó Kutznin sus descubrimientos?

Kiv-Ut apretó los labios.

—No creo que eso le interese, joven —respondió con sequedad.

Dartan sonrió.

—¿Con quién habló usted, después de la entrevista que sostuvo con Kutznin? —preguntó.

Kiv-Ut se dirigió hacia la puerta, abrió y se apartó a un lado.

—Ya hemos conversado bastante —dijo.

CAPÍTULO XII

Dartan se acercó a la puerta, como si fuera a salir, pero, de súbito, disparó el pie y cerró con gran violencia. Acto seguido, y antes de que el sorprendido Kiv-Ut pudiera darse cuenta de sus intenciones, lo agarró por el cuello y lo zarandeó sin piedad.

—¡Hable! —rugió—. Diga el nombre de la persona a quien comunicó usted los informes obtenidos en casa de Kutznin.

Las sacudidas eran tan fuertes, que los dientes de Kiv-Ut castañetearon. Dartan lo arrojó sobre un diván y el científico quedó allí, sollozando de pánico, pero, al mismo tiempo, amenazador.

—Lo pagará…, pagará caro esto que me ha hecho…

—Será mejor que hable o le haré pedazos —dijo el joven—. ¿A quién se lo dijo?

—Throgton —respondió Kiv-Ut escuetamente.

—Un hombre de confianza en un puesto clave —calificó Dartan, sintiéndose menos extrañado de la respuesta de lo que había esperado en un principio—. ¿No siente remordimientos por ser el causante de la muerte de un amigo?

—Yo tengo muy pocos amigos —dijo Kiv-Ut despectivamente —. Desde luego, Kutznin no figuraba entre ellos.

Se puso en pie y se arregló un poco las ropas, desordenadas tras los zarandeos del joven.

—Y usted no llegará muy lejos —añadió venenosamente—. Me refiero en el camino de la vida. Aunque se esconda en lo más profundo de la Tierra, aunque se vaya a cualquier colonia planetaria o asteroidal, está ya condenado a muerte.

—Tal vez por una persona que vive desde hace doscientos cincuenta años, ¿no es así? —dijo Dartan, acometido por una súbita inspiración.

Kiv-Ut abrió la boca, estupefacto. Dartan sonrió.

—Me parece que mi disparo ha dado en la diana —concluyó.

Y se dispuso a marcharse, pero al volverse de espaldas, oyó ruido de pasos dados con gran rapidez.

Giró de nuevo sobre sus talones. Kiv-Ut había desaparecido en el interior de la casa, pero reapareció de pronto, armado con una pistola.

—Ahora vas a ver...

Un seco estallido le interrumpió repentinamente. Dartan, prevenido, tenía ya en la mano su pistola contundente y el proyectil de aire comprimido reventó en el pecho de Kiv-Ut, lanzándolo hacia atrás, con los pies por alto. Kiv-Ut cayó y se quedó extrañamente inmóvil.

Dartan dio unos pasos hacia adelante y se inclinó sobre él.

—Me parece que no tenía muy fuerte el corazón —comentó, cuando hubo observado la falta de pulso en el caído.

Y luego pensó que, al menos en parte, se había hecho justicia por la muerte del profesor Kutznin.

* * *

—Está bien —contestó Theda—. Apenas vuelva, le daré su mensaje, señorita Issux.

La imagen de la pantalla se borró. Theda se quedó muy pensativa.

—Diríase que esa chica es enormemente parecida a Julia Mame —murmuró para sí—. Pero eso no puede ser; la señora Marne murió hace muchísimos años...

En aquel momento, Mollnver, acompañado de un agente, se disponía a llamar a la puerta del piso. Jerry Day subía por otro de los ascensores del edificio.

Mollnver presionó el botón de llamada. Theda abrió segundos más tarde.

—¿Sí? —murmuró la muchacha, al ver a los dos sujetos.

—Usted es Theda Conroy —dijo Mollnver.

—En efecto, así me llamo...

—Lo lamento, pero está arrestada.

—¿Qué? —gritó ella, justo en el momento en que se abría la puerta del ascensor y Jerry salía al pasillo—. ¿Por qué tienen que arrestarme, si yo no he cometido ningún delito?

Day se acercó a la puerta de su piso.

—¿Qué es lo que ocurre aquí? —preguntó.

—No se meta usted en lo que no le incumbe. ¡Lárguese! —contestó Mollnver desabridamente.

—Quieren llevarme detenida, Jerry —clamó Theda—. Yo no he hecho nada malo...

Day apretó los puños. Mollnver dijo:

—Escuche, amiguito, será mejor que no se meta en un asunto que no le concierne en absoluto. Esta es una misión oficial, ¿me comprende?

—Ayúdeme, Jerry —suplicó la muchacha.

Mollnver hizo un movimiento con la cabeza.

—Granner, eche de aquí a este entrometido —se dirigió a su acompañante.

—Sí, señor —contestó el policía.

Era un sujeto muy fornido, pero Jerry, de súbito, se convirtió en un torbellino humano.

Empezaron a sonar golpes e imprecaciones, mezclados con gruñidos y quejidos de dolor. Parecía como si de repente le hubieran salido a Day media docena de brazos más.

Instantes después, Mollnver y su acólito, maltrechos y sangrando por boca y narices, yacían quejumbrosamente en el suelo, sin acabar de entender muy bien qué les había pasado.

Day alargó una mano hacia la muchacha.

—Vámonos, Theda; esto huele a chamusquina —dijo.

—Pero Pedro no...

—Ya nos comunicaremos con él —atajó el astronauta vivamente—. Ahora lo que importa es desaparecer de aquí cuanto antes.

Day y la muchacha corrieron hacia el ascensor. Cuando salían al vestíbulo, se tropezaron con Dartan.

—Eh, ¿adónde vais? —exclamó el joven.

—Peligro —respondió Day escuetamente.

—Mollnver ha venido a detenerme —añadió Theda—. De no haber sido por Jerry, se me hubieran llevado con ellos.

Dartan frunció el ceño.

—La cosa empeora —comentó, disgustado.

—No te quepa la menor duda —concordó el astronauta—. Pero, en medio de todo, tengo buenas noticias para ti. He localizado...

—Ya me lo dirás luego, Jerry —atajó Dartan—. Ahora tenemos que desaparecer de aquí, antes de que sea demasiado tarde.

—Si es por eso, yo tengo un buen escondite. Seguro que no nos encontrarán, aunque estén buscando cien años seguidos.

—Es la mejor noticia que podías haberme dado, Jerry —Dartan agarró a la muchacha por el brazo—. Tengo ahí mi gravimóvil; tú lo pilotarás hasta el escondite.

—Con mucho gusto, Pedro —accedió Day.

* * *

El general Throgton casi se echó a reír al ver el desastroso aspecto que presentaba su subordinado. No obstante, pudo mantener la seriedad y escuchó atentamente el relato que Mollnver le hizo de sus desventuras.

—De modo que Theda desapareció con ese astronauta y no sabe adónde han podido dirigirse —dijo, cuando el oficial hubo terminado el informe verbal.

—Lo lamento infinito, señor, yo me siento abrumado...

Throgton hizo un gesto con la mano.

—Déjelo —le interrumpió—. Vea a un médico si lo considera necesario y luego espere órdenes en su alojamiento.

—Sí, señor.

Mollnver se retiró, considerablemente aliviado al ver que su jefe se lo había tomado de mejor talante de lo que había podido esperar, pero, por otro lado, se sentía muy fastidiado por la derrota que le había infligido aquel sujeto aparecido de manera tan inesperada.

Al quedarse solo, Throgton informó a través de la máquina secreta. En su mensaje, indicó que aguardaba órdenes y, en efecto, no tardó en recibirlas:

> «Yo me ocuparé personalmente del caso del capitán Dartan. No intervenga a menos que yo se lo pida expresamente.»

Throgton leyó el mensaje y se encogió de hombros.

—Bueno, si lo prefiere así…

Pero la orden recibida no le satisfacía. Podía acarrear consecuencias desagradables…, y si le era posible, trataría de evitarlo por su cuenta.

* * *

—De modo que tu amigo… —dijo Dartan.

—Sí, ha localizado el lugar donde se estaciona la astronave que yo vi desde la «Elisa E.». No hay duda, es la misma —aseguró Day.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Dartan.

Day sonrió.

—Bueno, después de que nos encontramos la primera vez y empezaste a contarme algo de lo que sucedía, fui a la «Elisa E.» y

proyecté de nuevo la grabación de la llegada de la astronave a la Bomba. Cuando en el espacio se realizan observaciones que se salen fuera de lo corriente, se graban siempre, para evitar luego complicaciones. Es reglamentario, Pedro.

—Y tú has visto esa astronave.

—Claro, por eso he tardado tanto en volver a casa. Pero no me cabe la menor duda: se trata de la misma que yo vi a través de mi telescopio de pantalla.

Dartan cruzó una mirada con la muchacha.

—Tendríamos que apoderarnos de ella y hacer un viaje a la Bomba —dijo.

Theda se estremeció.

—Moriríamos al llegar allí...

—Lo dudo mucho. La coraza de energía debe de disiparse cuando llega esa astronave, mediante alguna clave instalada en su cabina de mando. O, por lo menos, se abre en ella una brecha del diámetro suficiente para que la astronave sospechosa pase sin sufrir el menor daño —Dartan se volvió hacia el astronauta—. Jerry, ¿te atreverías tú a pilotar esa astronave?

—¡Me encantaría! —contestó Day sin vacilar—. Nada me agradaría más que ver el interior de la Bomba, créeme.

—Bueno..., si vosotros vais, creo que a mí también me gustaría ver lo que hay dentro de ese infernal artefacto —dijo Theda.

—Estupendo —exclamó Day, entusiasmado—. ¿Cuándo vamos?

Dartan hizo gestos con las manos, como imponiendo calma.

—No tantas prisas —dijo, sonriendo—. Antes de ver lo que hay en la Bomba, yo tengo que hacer otras cosas.

—¿Por ejemplo? —preguntó Theda.

—Entrar en Ormeson.

Un helado silencio descendió sobre la estancia. Theda se puso pálida.

Dartan consultó su reloj y luego dijo:

—Tengo que hacer una llamada y es la hora.

Los tres se hallaban en el despacho de uno de los almacenes de la compañía para la cual trabajaba Day. Había también alojamientos para algunas personas, por si los pilotos necesitaban quedarse cerca de las astronaves en algún momento dado. En opinión del astronauta, era un buen refugio, aunque Dartan tenía sus dudas sobre ello.

Sin embargo, no tenían otra opción. Dartan empezaba a pensar que su situación estaba llegando ya a un punto crítico y que pronto deberían llegar a una solución definitiva.

—En cualquier sentido —musitó, mientras aguardaba la respuesta a su llamada ante el objetivo del videófono.

El rostro de Sadie apareció de pronto ante la pantalla.

—Hola, Pedro —saludó, con atractiva sonrisa.

—Quedamos en que me harías un favor —dijo Dartan.

—No lo he olvidado —contestó Sadie—. Óyeme bien, esta noche, a las dos en punto de la madrugada.

—¿Dónde?

—Te esperaré en el ángulo sudoeste de Ormeson. Corresponde a la parte posterior.

—Entiendo, Sadie.

—Sé puntual, Pedro.

No me retrasaré ni un solo segundo —contestó él.

El rostro de Sadie se desvaneció.

—¡Qué extraordinario parecido con Julia Mame! —comentó Theda.

Dartan se volvió hacia la muchacha.

—Has leído el libro del antepasado de Jerry, ¿no es así? —sonrió.

—Desde el principio hasta el final, sin omitir una sola línea —respondió Theda.

CAPÍTULO XIII

A punto de salir, Dartan entregó un transmisor a su amigo.

—Os avisaré cuando esté listo para reunirme con vosotros en el punto donde se halla la astronave sospechosa —dijo.

—Como quieras —respondió Day.

—A mí no me gusta que acudas a esa cita —manifestó Theda.

Dartan enarcó las cejas.

—Ya me imagino que Sadie es una espía de... de ellos; pero es el único medio que tengo de entrar en Ormeson —contestó.

—Puede tratarse de una trampa, Pedro.

—Iré prevenido —insistió él. Miró a su amigo—. Nos encontraremos junto a la astronave, Jerry.

—Suerte —le deseó el astronauta.

Dartan agitó la mano en señal de saludo y abandonó la estancia. Instantes más tarde, despegaba en dirección a Ormeson.

El vuelo le costó, a velocidad moderada, poco menos de una hora. Por precaución, hizo descender al gravimóvil en un lugar discreto y luego cubrió a pie el resto del camino.

Sadie, vestida con un traje negro, de una sola pieza, le aguardaba en el lugar indicado.

—Eres puntual —elogió la joven.

—Tratándose de encontrarme contigo, no podía cometer el pecado de la impuntualidad —sonrió él.

Sadie le entregó un objeto. Al tacto, Dartan apreció que se trataba de una llave especial.

Conocía el tipo; tenía unos dientes que sobresalían de la caña y era preciso hacerla girar a derecha e izquierda, según una clave determinada, para poder abrir la puerta.

—Tres izquierda, dos derecha, uno izquierda y cuatro derecha —recitó Sadie—. Repítelo, por favor.

Dartan lo hizo así. Sadie sonrió, complacida.

—Entra por la puerta número once B. Sigue recto hasta el fondo, abre la puerta que haya allí, desciende las escaleras, abre la otra puerta y te encontrarás en una habitación con archivadores. Allí podrás encontrar muchos de los datos que buscas. Ah, si necesitas más información, sigue hasta la puerta que verás al fondo, se abre con sólo media vuelta de esa misma llave.

—Entiendo. Y ahora, ¿me permites una cosa, Sadie?

Antes de que ella pudiera protestar, Dartan le puso una argolla metálica en la muñeca izquierda.

—¿Temes que te haya atraído a una trampa? —preguntó Sadie, sin manifestar enojo.

—Posiblemente, tú no lo habrías hecho de una manera voluntaria, pero alguien ha podido tomarte como instrumento de sus planes. Por eso quiero cerciorarme de que me has dicho la verdad. Por favor, repite todas las instrucciones que me has dado.

Sadie lo hizo así. La argolla estaba unida por un finísimo cable conductor a una cajita que el joven sostenía en las manos. Había una lamparita roja en la cara superior de la caja, pero permaneció apagada en todo momento.

—Por ahora, todo va bien —dijo, cuando ella hubo terminado —. Ahora repite lo que te voy a decir no se trata de ninguna trampa.

—No se trata de ninguna trampa —repitió ella puntualmente.

Dartan sonrió.

—Un bonito artefacto este detector portátil —comentó, mientras dejaba libre el brazo de la joven—. Te veré pronto —se despidió de ella.

—Muy pronto, indudablemente —respondió Sadie.

Dartan la besó en una mejilla. Luego, con paso firme, avanzó hacia el edificio, en el que se veían muy pocas ventanas iluminadas.

* * *

Los archivadores estaban allí, exactamente en el lugar indicado por Sadie. No eran muchos ni tampoco demasiado voluminosos. Dartan supuso que sólo contenían microfilmes.

El procedimiento de archivo era automático, así como la proyección de los microfilmes allí almacenados. Los ojos de Dartan repararon en un aparato, provisto de un teclado, sobre el que se leía el rótulo de «Índice».

Dartan hizo funcionar el índice automático. El primer nombre que marcó fue el de Morbihr Sfanl, el hombre que había dicho sentirse cansado de vivir.

La pantalla del índice señaló el número del microfilme. Dartan lo marcó en el teclado y, a los pocos instantes, apareció en la misma pantalla un historial completo de Sfanl.

Dartan lo leyó con enorme atención. Había motivos más que sobrados para sentir asombro al conocer la fantástica historia del difunto secretario mundial de Transportes.

Luego estudió el historial de Throgton. El resultado fue el mismo: Throgton era un hombre que había nacido también a finales del siglo XXI.

Dartan se sintió abrumado al conocer la verdad.

—Estamos en manos de una pandilla de gentes que no pueden morir —murmuró.

Acometido por una repentina sospecha, volvió el microfilme en su sitio y tecleó:

> «Deseo leer todos los nombres de las personas que figuran en estos archivos.»

La máquina entró en funcionamiento inmediatamente. Dartan pudo leer una serie de nombres que le dejaron estupefacto. A pesar de todo, no dejó de captar un detalle: el número de las personas nacidas dos siglos y medio antes era mucho menor del que se había imaginado.

—En total, unos cuatrocientos —se dijo.

«Pero todos —pensó —repartidos estratégicamente en los puestos clave del Gobierno mundial.»

Otra pregunta se le ocurrió, y era lógica: ¿Cómo se las arreglaban aquellos individuos para vivir tantos años? ¿Por qué medios prolongaban su vida?

Uno de los nombres del índice llamó especialmente la atención! Sybila I-Ndar, la flamante esposa del presidente mundial.

Dartan entornó los ojos. Empezaba a ver claro, aunque todavía quedaban algunos puntos que necesitaban una más completa explicación.

De pronto, volvió la cabeza. En el fondo del corredor formado por los armarios metálicos, estaba la puerta mencionada por Sadie.

Avanzó lentamente e insertó la llave en la cerradura. Al hacer girar la puerta, vio delante de sí la caja de un ascensor.

No había teclas de mando, pero entró sin titubear. La puerta se cerró por sí misma y el aparato inició el descenso en el acto.

* * *

Dartan tuvo la impresión de que había bajado a unos cincuenta metros de profundidad. La puerta del ascensor se abrió asimismo automáticamente al detenerse el aparato.

Un chorro de luz le dio de lleno en los ojos. Sin embargo, no procedía de la habitación a que había sido conducido por el ascensor.

Delante de él vio un gran vidrio, que supuso de notable grosor, ligeramente inclinado hacia afuera. Había también algunas sillas.

La luz llegaba de otra estancia situada a más allá del vidrio. Dartan avanzó unos cuantos pasos y se encontró ante un quirófano, dotado con medios, modernísimos, algunos de los cuales, supuso, no estaban siquiera en funcionamiento en las clínicas normales.

Había unos cuantos individuos, todos ellos ataviados con batas blancas. Otro, en pie, se hallaba vestido solamente con un simple bañador, muy escaso de tejido.

Dartan vio también dos mesas de operaciones, paralelas,

separadas por escasos centímetros. Tendido sobre una de las mesas, vio el cuerpo de un hombre joven y apuesto, igualmente vestido con otro bañador.

Las voces de los que se hallaban en el quirófano llegaron claramente a oído del joven. Dartan supuso que el sistema de altavoces, por medio del cual los operadores describían sus acciones a los espectadores, se hallaba en funcionamiento.

—¿Le gusta su nuevo cuerpo, señor? —preguntó uno de los médicos.

—Siempre que su salud sea perfecta… —contestó el interpelado.

—Las pruebas han dado resultados enteramente satisfactorios. El paciente posee una salud a prueba de bomba, en todos los sentidos, señor.

Dartan estaba atónito. Aquel individuo casi desnudo, era nada menos que el secretario mundial de Energía.

—En tal caso, creo que debemos empezar cuanto antes —dijo Folkestone.

Y se tendió sobre la mesa vacía.

—Ah —exclamó de pronto—, imagino que los procedimientos se van perfeccionando con el tiempo. ¿Cuánto tardaré en esta ocasión?

—Sólo una semana, señor —contestó el que parecía ser el cirujano jefe.

Folkestone hizo un gesto de asentimiento. Dartan observó que no había enfermeras auxiliares. Todos eran varones.

Uno de los ayudantes puso una inyección al paciente, quien, a los pocos momentos, estaba completamente dormido. Entonces, los otros ayudantes hicieron descender del techo unos enormes cascos, que colocaron sobre las cabezas de los hombres tendidos en las mesas.

Los cascos estaban unidos, por sendos cables, de notable grosor, a un gran armario metálico, provisto de una infinidad de mandos y controles, así como de esferas y lámparas. El médico jefe dio media vuelta a una llave y varias lámparas se encendieron inmediatamente.

Entonces, una voz suave, persuasiva, de tonos acariciantes, se

dejó oír dentro del observatorio:

—Pedro, ¿no te gustaría a ti que te hicieran una cosa semejante? Imagínate, vivir cientos de años, dominar el mundo…

Dartan se puso rígido. La voz continuaba hablando, pero, por lo visto, sólo se escuchaba en el interior del cubículo. Los médicos no daban señales de percibir el sonido de aquella voz tentadora… «La voz de la serpiente en el paraíso», pensó Dartan.

Amanecía.

* * *

La temperatura era excelente. El ambiente estaba embalsamado por el perfume de las flores del jardín contiguo a la terraza.

Había una mujer en la terraza, sentada junto a una mesa, en la que se veía servicio de café. Estaba vestida con una especie de túnica blanca, lisa, sin el menor adorno, como tampoco ella ostentaba adornos ni joyas de ninguna clase.

Dartan pensó que la única joya era el pelo, que centelleaba con los primeros resplandores del alba. La mujer podía sentirse orgullosa de una cabellera que rebasaba holgadamente su cintura.

—Te esperaba, Pedro —dijo ella.

Dartan se acercó a la mujer, caminando lentamente, pero quedó frente a ella, separado por la mesa. Los dos se miraban fijamente.

Había perplejidad y asombro en la mirada del joven, pero también dureza. Ella sonreía ligeramente.

—¿Quieres un poco de café, Pedro? —invitó la mujer.

Dartan hizo un signo afirmativo.

—Tienes miedo de que haya alguna droga o algún veneno —dijo ella—. Eres muy desconfiado, Pedro; en cambio, yo tomé una vez aquella bebida que me hizo dormir tantas horas…

—Entonces te conocía como Sadie Issux. Ahora sé que eres Sybila I-Ndar, la esposa del presidente mundial.

—¿Y eso te molesta, Pedro?

—No es molestia exactamente lo que siento, Sybila.

—Oh, sí, claro, el héroe puro e incorruptible..., el Parsifal del siglo XXIII... —dijo Sybila burlonamente—. Pero el Parsifal de la leyenda también tuvo su caída.

—Yo nunca he pretendido ser más que un humano corriente y vulgar, pero amante de la justicia —respondió Dartan—. Y lo que he visto, me ha hecho sentir asco, vergüenza..., y miedo.

—¿Por qué? ¿Porque nací hace doscientos cincuenta años y conservo el rostro y la figura de una mujer de veinticinco? —Sybila se puso en pie, se sirvió una taza de café y se la acercó a los labios, mirándole antes de beber—. ¿Has notado tú la diferencia cuando estabas en mis brazos? —preguntó irónicamente.

—Ese cuerpo no es el tuyo —acusó Dartan—. Y cuando se hubiera hecho viejo, tal vez lo habrías cambiado por el de Theda Conroy.

—Te equivocas, Pedro. Nunca cambiamos de cuerpo, guardando el de otras personas durante años en... en un frigorífico. No resulta; es mucho mejor tomar el de una persona en su momento adecuado.

—Por medio de lo que se podría llamar transfusión de mente.

—¿Lo has visto en el quirófano secreto de Ormeson? Sí, eso es lo que se hace, pasar todos nuestros recuerdos y vivencias, desde nuestro cerebro, al de la persona elegida. Lo hacemos cuando ya nos sentimos viejos, como lo hice yo unos meses antes.

—Cuando el presidente I-Ndar se quedó viudo.

—Exactamente. Se simuló un ataque cardíaco, estuve unos días en estado cataléptico y luego, secretamente, fui conducida desde mi tumba al quirófano secreto. Allí me reanimaron..., y pusieron mi mente en un cuerpo joven..., y muy apetecible, creo recordar.

—El anterior presidente se llamaba Álvaro de Granada. Supongo que, cuando se sintió viejo, hizo la misma operación.

—Sí, pero él tiene cierta desventaja sobre mí —dijo Sybila, casi riendo—. No puede tomar el cuerpo de una jovencita, como lo hago yo..., bueno, la dueña de mi cuerpo actual tenía veintisiete años; tampoco hay que exagerar volviendo a los dieciocho. Pero un

presidente de veintisiete años… Olería demasiado a chamusquina, ¿no crees?

—Apesta —dijo Dartan crudamente—. Y eso viene sucediendo…

—Desde hace unos doscientos años, desde que el profesor Mame descubrió el procedimiento de lo que tú has calificado como transfusión de mente.

—¿Qué sucede con los que os prestan vuestro cuerpo?

Sybila hizo un gesto sumamente gráfico. Dartan procuró dominar el horror que sentía, mezclado con una viva cólera.

—Así pues, quedan convertidos en vegetales vivientes —dijo.

—Son los enfermos irrecuperables de Ormeson —contestó ella.

—Y, a fin de continuar en vuestro puesto, disponéis de una cuadrilla de fieles secuaces, a los que permitís cambiar de cuerpo cuando el suyo se hace viejo.

—Sí, si bien no con tanta frecuencia como nosotros. Pero lo hacen a gusto; aunque no todos, por supuesto, muchos tienen nuestra edad, en líneas generales. Los restantes son más jóvenes, atraídos por ventajas que son obvias.

—Hay algo que no acabo de entender, Sybila. Han pasado doscientos cincuenta años desde tu nacimiento. ¿Por qué te pareces tanto a Julia Mame?

Ella sonrió.

—Era una cara que me gustó mucho, posiblemente, la que más me ha gustado de todas las que he tenido hasta ahora —respondió—. Casualmente, la que me prestó su físico era muy parecida a la, legalmente muerta, Julia Mame.

Dartan meneó la cabeza.

—Muchas veces he leído novelas en las que un individuo, o un reducido grupo de individuos, se hacían con el poder, convirtiéndose en los amos de la Tierra. Nunca creí encontrarme en la realidad con uno de ellos —dijo.

Sybila se irguió orgullosamente.

—Tú lo has dicho, Pedro —exclamó—, ¡Soy la dueña del

planeta!

CAPÍTULO XIV

Dartan decidió correr el riesgo y se sirvió una taza de café. Los primeros rayos del sol naciente llegaban ya a la terraza y daban de lleno en Sybila, convirtiendo en algo casi inexistente la túnica que vestía. El esbelto cuerpo de la joven quedaba así silueteado, como una estampa de belleza clásica. Pero en aquella estatua de diosa griega había una mente rebosante de perversidad.

—Así que tú… —dijo Dartan, rompiendo al fin el silencio que se había producido después de la declaración de la mujer.

—Vernon, mi esposo, ya no es más que una figura decorativa. En tiempos se tomó más interés por la cosa pública. Ahora se desentiende de casi todo, aunque sí pierde el tiempo suficiente para firmar documentos oficiales, lógicamente.

—Y tú eres la que hace todo, como, por ejemplo, ordenar los asesinatos de Kutznin y de Sfanl.

—No me arrepiento —dijo Sybila—. Ambos tienen como justificación lo que antiguamente se llamaba razón de Estado.

—Sfanl flaqueó. Podía revelar el secreto; en realidad, dijo algo, aunque no todo, en parte, porque me imagino, tenía bloqueado parte del subconsciente. Pero aun así, sabía bastante como para que su muerte os resultase beneficiosa.

—Cierto —admitió Sybila sin pestañear—. Flaqueó…, y en nuestro sistema no se permiten flaquezas.

—De acuerdo, pero, ¿qué me dices de Kutznin? Había hecho un descubrimiento muy importante…

—Tenía razón, pero no toda la razón. Hubo un ligero desajuste en la planta de energía de la Bomba y ello motivó el aumento de radiactividad. Pero ya se ha corregido y la radiactividad ha vuelto a los niveles normales.

—No sabía que se necesitase una central de fuerza en la Bomba. Su órbita, precisamente por hallarse a la distancia adecuada, es inmutable…

—¿Qué me dices de la coraza de energía invisible que la rodea? No se puede generar sin una planta de fuerza, Pedro.

—Tienes razón, Sybila —admitió Dartan—. Así pues, la Bomba no es sino un farol, un gigantesco*bluff*...

—Que ha servido para mantener la paz en el mundo durante doscientos años. ¿No le parece algo maravilloso?

—Sí, pero también ha servido para que una pandilla de gentes sin escrúpulos se apoderase del poder mundial.

Sybila se encogió de hombros.

—Podría decirse que es nuestra recompensa por haber conseguido la paz en el planeta —dijo.

—Hay algo que no me explico. Según tengo entendido, las gentes de la Tierra vieron cosas extrañas en el cielo: grandes llamaradas, extrañas naves...

Ella sonrió extrañamente.

—Cuando todo estuvo dispuesto, lanzamos un gas que provocó un estado de hipnosis general —dijo—. Es muy potente; basta una milésima de gramo para afectar a varios kilómetros cúbicos de atmósfera.

—Así pues, la gente vio lo que vosotros queríais que viese.

—Y oyó lo que deseábamos que oyera. Y entonces, apareció la Bomba.

—Fabricada en el K-2.

Sybila se mostró extrañada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Existen unas memorias, escritas por el director de la Colonia Penal del K-2 en aquella época. Habla de vosotros y de los extraños trabajos a que os dedicabais, aunque manifiesta no comprender vuestros propósitos. Claro está, en determinados trabajos, os ayudaron mucho los condenados que había en el asteroide. Pero luego, qué casualidad, el asteroide saltó en pedazos y todos murieron.

—Creí que ya no quedaba ningún ejemplar de ese libro —dijo Sybila, frunciendo el ceño—. Cuando apareció publicado, procuramos destruir todos los ejemplares.

—Por lo menos, quedó uno, actualmente en poder de un descendiente del director de aquella Colonia Penal.

—Ya entiendo —murmuró Sybila—. Pero teníamos que hacerlo, tú mismo puedes comprenderlo, Pedro.

—Hay cosas que no comprenderé jamás, y no quiero mencionarlas, porque tú lo sabes tan bien como yo —respondió Dartan—. No siempre el fin justifica los medios, Sybila.

—¡Establecimos la paz mundial, un nuevo orden político y social; jamás se ha vivido tan bien en la Tierra como hasta hoy…!

—Rechazo esa forma de vivir, Sybila —dijo él, contundentemente—. Es sólo una apariencia de libertad, pero no es la libertad.

—No dirás que explotamos al pueblo —se burló ella—. Alguno de nosotros, en efecto, puede que se haya enriquecido, pero, en general, nos hemos portado morigeradamente.

—Según para quienes, hay algo que tiene más valor que el dinero.

—¿Qué es, Pedro?

—El poder y todo lo que esto comporta.

—Sí, tienes razón. No he de negarlo, me agrada el poder…, pero al mismo tiempo mantengo la paz en la Tierra…

—A costa de unas vidas inocentes.

—¡Qué importan las vidas de unas docenas de personas, comparadas con las dé miles de millones que sólo desean vivir pacíficamente! Antiguamente, para que la gente viviese en paz, morían millones de soldados. Hoy sólo mueren unos pocos cientos de personas y no todos los años. ¿No es un cambio mucho más ventajoso?

—Nuestros puntos de vista no coinciden, Sybila —dijo él, con los labios muy prietos.

Ella sonrió.

—Porque todavía no conoces mis propósitos —contestó.

—Ni tú los míos. Por cierto, ¿cómo es que la primera dama se disfrazaba de… digamos de chica de taberna, por no mencionar otro calificativo peor?

—Me enteré de tus actos y decidí estudiarte. No olvides que doscientos cincuenta años de vida confieren una notable experiencia. Decidí, finalmente, que debía ser yo quien resolviese el problema en que te habías convertido.

—¿Cómo, Sybila?

La mujer se le acercó insinuantemente y le puso las manos tras la nuca.

—¿No eres capaz de imaginártelo? —preguntó con voz acariciadora.

Dartan procuró contenerse. Era una verdadera tentación, una mujer hermosísima..., y la perspectiva de una vida sin límites en el tiempo.

—Tu esposo no te importa, por lo visto —dijo.

—Me importas tú —declaró ella.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Dartan exclamó:

—¡Sybila, viene alguien!

La joven cayó en la trampa y se separó ligeramente. Dartan aprovechó para disparar su puño.

Sybila se desplomó sin sentido. Dartan sacó su transmisor, dio el contacto y dijo:

—Jerry, preparado; voy a reunirme con vosotros.

—*O.K.*, Pedro —contestó Day.

Antes de salir de allí, Dartan lanzó una última mirada a la mujer que yacía sobre el suelo de la terraza.

—¿Quién castigará tus innumerables crímenes? —murmuró.

* * *

La voz de Pedro llegó claramente al despacho del general Throgton.

Inmediatamente, Throgton dio una orden:

—Mollnver, venga a reunirse conmigo. Vamos a ver si acabamos de una maldita vez con esos rebeldes.

—Sí, señor.

Y para sí, Throgton se dijo que, a ser posible, acabaría también con Sybila I-Ndar. «Malditas mujeres. Lo estropean todo, en cuanto se ponen a actuar como los hombres», se dijo, lleno de furia.

* * *

La astronave, pilotada por Day, avanzaba hacia la Bomba, cuyo tamaño aumentaba perceptiblemente por momentos.

Theda contenía el aliento. ¿Y si la barrera de energía se hallaba aún en actividad en el momento de la aproximación definitiva?

—Ni nos enteramos —musitó.

Theda sabía que la astronave disponía de los correspondientes telemandos, tanto para franquear la barrera de energía, como para abrir la compuerta que permitía el acceso al interior de la Bomba. Day, en el puesto del piloto, estaba concentrado en el manejo de la nave.

De repente, vieron que se abría un orificio en la lisa superficie de la esfera.

—¡Hemos pasado! —dijo Day alborozadamente.

Theda se relajó en su asiento. Dartan lanzó un suspiro de alivio.

Lentamente, la astronave se deslizó hacia la esfera y pasó sin ninguna dificultad. El interior estaba brillantemente iluminado.

Había una gran plataforma, en la que Day posó la nave. Inmediatamente, provistos los tres de sus equipos de vacío, saltaron fuera.

Dartan contempló absorto aquel enorme entramado de viguetas, que mantenía la perfección de la forma geométrica de la esfera. Allá arriba, a dos mil metros de distancia, muy pequeña, se divisaba la central nuclear.

Había un ascensor en las inmediaciones. El aparato les llevó arriba en un tiempo brevísimo. Dadas las dimensiones de la esfera, el tamaño de la planta de fuerza, que en la Tierra habría parecido una construcción gigantesca, allí semejaba una cosa insignificante.

—Al cuarto de control —dijo Dartan a través de la radio.

Estaba dotado de los más modernos instrumentos. Dartan pensó que había sido perfeccionado con el paso de los tiempos.

Estudió unos instantes el pupitre de mando. Había una palanca, con un rótulo junto a ella, y tiró con fuerza.

—Ya he desconectado la barrera globular de energía —dijo.

—¿Y ahora, Pedro? —quiso saber la muchacha.

Dartan se volvió hacia el astronauta.

—Jerry, ¿cómo harías tú saltar una astronave? —preguntó.

—Bueno, bloquearía los mandos…, se aceleraría el proceso de fisión, aunque me parece más bien que esta central es termonuclear…

—No vengas ahora con distingos. Haz lo que sea para que esta maldita esfera vuele en mil pedazos.

—Se producirá una bonita explosión, Pedro.

—Pero la Tierra seguirá incólume, ¿no es cierto?

—Verán unos hermosos fuegos artificiales, eso es todo.

—Entonces, no pierdas más tiempo —dijo Dartan, muy impaciente.

Day empezó a manipular en los controles. A los pocos momentos, las agujas empezaron a moverse hacia límites peligrosos.

—Ya está —dijo—. Antes de una hora, ya no habrá Bomba.

—Bien, vámonos.

Tomaron el ascensor de nuevo. Mientras bajaban, Theda se sintió atacada por ciertos escrúpulos.

—Jerry, si ahora viniese alguien y rectificase lo que tú has hecho…

—El proceso de aceleración en la fusión del combustible

nuclear es ya irreversible —contestó Day—. Ninguna fuerza humana sería capaz de volver la central a su estado anterior.

Llegaron a la plataforma. Enel mismo momento, dos hombres desembarcaban de una astronave.

—Será mejor que se estén quietos —ordenó Throgton, pistola en mano.

—Un encuentro inesperado —comentó Dartan—. ¿Cómo supieron que estábamos aquí, general?

—Los transmisores de que usted se apoderó son especiales. No se desconectan, aunque su poseedor crea que lo ha hecho.

—Caramba, qué astuto. Y, ¿qué piensa hacer con nosotros?

Throgton sonrió torvamente bajo el casco de su traje espacial.

—¿No se lo imagina? Mollnver y yo vamos a acabar con un problema que nos ha dado muchos quebraderos de cabeza en los últimos tiempos.

—Está bien, general —dijo Dartan—. Acabará con nosotros, pero la Bomba estallará dentro de una hora. Y no hay ya fuerza humana capaz de impedirlo.

Throgton lanzó un aullido.

—¡Eso no es verdad! —gritó descompuestamente.

—Podrá verlo antes de sesenta minutos —contestó Dartan, sin perder la serenidad—. Y con la explosión de la Bomba, se habrá acabado su poder y el de todos…

—¿Quién sabrá lo sucedido? —rió Throgton—. Puesto que ustedes van a morir…

—Alguien publicará lo sucedido. ¿Cree que no hemos dejado grabaciones con el relato de la verdad?

Hubo un instante de silencio.

Throgton parecía sorprendido por aquella respuesta. Dartan buscaba el medio de atacar a los dos hombres, pero la situación era sumamente crítica y no se hacía ilusiones.

Súbitamente, otra nave apareció en la entrada. Mollnver lanzó un grito de advertencia.

Throgton se volvió. Dartan salió hacia él y golpeó la muñeca armada con todas sus fuerzas.

La pistola salió de la mano del general. Dartan se apoderó del arma inmediatamente. Mollnver giró en redondo y quiso disparar, pero Dartan se le anticipó. El cuerpo de Mollnver se volatilizó en un instante.

Alguien saltó de la nave recién arribada.

—¡Pedro! —gritó Sybila.

Dartan se quedó sorprendido un segundo. Luego se acercó a la mujer.

—La Bomba estallará antes de una hora —dijo.

Sybila le miró a través de la máscara transparente de su casco.

—Me lo imaginaba —dijo simplemente.

—Será mejor que vuelvas a tu nave, Sybila.

Throgton gateaba por el suelo. De repente, se lanzó contra el joven.

El golpe de Throgton hizo que la pistola se disparase por segunda vez. La descarga alcanzó de lleno a Sybila, que desapareció en fracciones de segundo.

Los dos hombres lucharon ferozmente por la posesión del arma. De súbito, Dartan agarró el tubo de oxigenó del general y pegó un fuerte tirón.

El aire se escapó instantáneamente del traje de vacío. Throgton cayó por tierra, pataleando espasmódicamente, pero sus movimientos cesaron muy pronto.

Theda y Day habían sido mudos espectadores de la escena. Dartan los empujó sin grandes miramientos hacia la nave.

—¡Vamos, no podemos perder ya más tiempo! —gritó.

Cincuenta minutos más tarde, un vivo relámpago iluminó la superficie del planeta.

—El poder de la Bomba ha cesado —dijo Dartan.

* * *

Estaba arreglando unas flores en un jarrón, cuando llamaron a la puerta. Theda corrió a abrir y dirigió una brillante mirada a su visitante.

—Creí que no volverías —dijo.

—He tenido algunas cosas que hacer —se disculpó Dartan.

—¿Importantes?

—Sí. No todos los ministros del gabinete pertenecían a la banda de I-Ndar. Les he entregado los microfilmes del archivo. El tinglado ha quedado al descubierto por completo.

—¿Y…?

Dartan se encogió de hombros.

—Lo que falta por hacer es ya cuestión de los políticos —respondió—. Por supuesto, se va a producir un escándalo fenomenal…, ya se han efectuado muchas destituciones y también arrestos…

—Pedro —dijo ella, meditabunda—, ¿no afectará esto que hemos hecho a la paz del planeta?

—Lo dudo mucho, pero en todo caso, la paz que ahora tengamos será mantenida por convicción y no por coacción. ¿Comprendes?

—Sí, Pedro.

Dartan hizo saltar en la mano una llave de forma especial.

—Los archivos estaban protegidos por una trampa explosiva —dijo—. Si se usaba esta llave indebidamente, hubieran quedado destruidos instantáneamente, como también el que hubiera querido penetrar allí de forma subrepticia.

—Pero el procedimiento de trasvase de mentes…

—Puede servir para fines específicamente benéficos y, por supuesto, controlados de una manera muy estricta. Pero nadie ocupará jamás otro cuerpo que no sea el suyo.

—Entiendo. Yo estoy muy contenta con el que tengo, Pedro.

Dartan la abrazó.

—Y tu futuro esposo, también, pero más aún con tu mente —dijo.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain